

ARMAS Y LETRAS

HEMEROTECA
MUNICIPAL



ARTES · CIENCIAS · INVENTOS · VIAJES · DEPOR-
TES · LITERATURA · PASATIEMPO · CURIOSIDADES
— VULGARIZACIONES CIENTÍFICAS —

— DIRECTOR - PROPIETARIO —

VICENTE VALERO DE BERNABÉ

30 DE MAYO DE 1923

AÑO IV. Número 57



Ag. Int. de Madrid

LA PISTOLA

NACIONAL



VENCEDORA ~
D~TODAS~LAS~PIS-
TOLAS~NACIONALES~Y~
EXTRANGERAS~EN~CON-
CURSO~CELEBRADO~
POR~EL~MINISTERIO
D~LA~GUERRA~

ASTRA

ASTRA

REGLAMENTARIA-EN-EL-EJÉRCITO-ESPAÑOL

FABRICANTES:

ESPERANZA Y UNCETA.

(GUERNICA)

(VIZCAYA)

DELEGACIÓN GENERAL A.V.D. BERNABÉ
MAYOR 86 MADRID

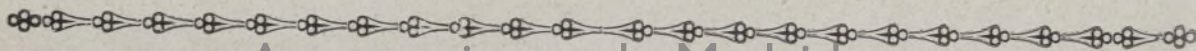
Unica reglamentaria en el Ejército.

Unica reglamentaria en el Cuerpo de Carabineros,
en el Cuerpo de Prisiones y para los Jefes
y Oficiales de la Guardia civil.

CALIBRES, 9 mm. 7'65 6'35

Los señores Jefes y Oficiales pueden adquirir a plazos estas pistolas
por conducto de

ARMAS Y LETRAS



Ayuntamiento de Madrid

INDUSTRIA Y COMERCIO DE MADRID

CASAS QUE DEBE USTED VISITAR

MENA
FOTÓGRAFO
CARRETAS, 39
(Frente a Rómea)

Tres carnets para identidad 3 pesetas.
Ampliaciones de SS. MM. del uniforme
que se desee para cuartos de banderas y
estándartes a 25 pesetas. Novedad foto-
gráfica, 33 calcomanías para aplicarse en
papel cartas, cintas, esmaltes, 5 pesetas

**COMPANIA GENERAL DE AGUAS
MINERALES**

REINA, 29 Y 31

Teléfono M. 1444

Admón. de Loterías núm. 16. -- P. de Santa Cruz, 2
Su Administradora D.^a Felisa Ortega, remite a provincias, ultra-
mar y extranjero los pedidos que le hagan, siempre que vengan
acompañados de su importe.

BLANCO HUECAS

para la instrucción reglamentaria de tiro. El más perfecto el más
utilizado y el más económico. Libretas de tiro y facsímiles.
Pedidos a las Huérfanas del comandante Huecas.
Colegiata, 5, cuarto núm. 1.—MADRID

Joyería Hispano-Belga

MONTERA, 22

Joyas artísticas y econó-
micas. Relojería garanti-
zada de todas marcas.

CAMAS Y MUEBLES ECONOMICOS

NO DEJE USTED DE VISITAR ESTA CASA

Balbino Díez García. PELAYO 70 (próximo a Fernando VI).

MATERIAL ELÉCTRICO

LAMPARAS DE TODAS CLASES

A. PAJARES

Jardines, 7 y 9

Descuento de 5 por 100 sobre toda venta que haga la casa a los
militares que lo acrediten.

Construcciones

en zinc, plomo, palastro y cha-
pa galvanizada.

Hilario Puerta García. *.* Primera casa en envases para aceite.
Postigo San Martín, 7.—Teléfono 3.378

AVISO:

La casa que más paga oro, plata,
platino, dentaduras, alhajas y pape-
letas del Monte Plaza de Sta. Cruz, 7 (platería):

R. FERNANDEZ ROJO, GRABADOR

Fábrica de sellos de caucho. Precintos de varias clases.

Teléfono M. 415.—FUENTES, 7.—MADRID

LA OCASION

COMPRA y VENDE
motocicletas, bicicletas,
accesorios, gramófonos
y discos.

Mayor, 68

CASA HERNANDO

MAYOR, 29
Teléfono 2485, M

Venta de toda clase de máquinas de escri-
bir. Reparaciones muy económicas. acce-
sorios de toda clase. Cintas, papel, car-
bón, tampones y efectos de escritorio. Se
hacen abonos para Madrid y provincias.
Presupuestos gratis.

Servicio de la Compañía Transatlántica

LINEA DE CUBA-MEJICO

Saliendo de Bilbao, de Santander, de Gijón y de Coruña para Habana y Veracruz. Salidas de
Veracruz y de Habana para Coruña Gijón y Santander.

LINEA DE BUENOS AIRES

Saliendo de Barcelona, de Málaga y de Cádiz para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y
Buenos Aires, emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires y de Montevideo.

LINEA DE NEW-YORK, CUBA-MEJICO

Saliendo de Barcelona, de Valencia y de Cádiz para New-York, Habana y Veracruz. Regreso
de Veracruz y de Habana, con escala en New-York.

LINEA DE VENEZUELA-COLOMBIA

Saliendo de Barcelona, de Valencia y de Cádiz para las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, San-
ta Cruz de la Palma, Puerto Rico y Habana. Salidas de Colón para Sabanilla, Curaçao, Puer-
to Cabello, La Guayra, Puerto Rico Canarias, Cádiz y Barcelona.

LINEA DE FERNANDO POO

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Alicante y de Cádiz para Las Palmas, Santa Cruz de
Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa. Regreso de Fernan-
do Poo, haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

Además de los indicados servicios, la Compañía Transatlántica tiene establecidos los especia-
les de los puertos del Mediterráneo a New-York, puertos del Cantábrico a New-York, y la línea
de Barcelona a Filipinas, cuyas salidas no son fijas y se anunciarán oportunamente en cada viaje.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, a quienes la Com-
pañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servi-
cio. Todos los vapores tienen telegrafía sin hilos. También se admite carga y se expiden pasajes
para todos los puertos del mundo, servidos por líneas regulares. Las fechas de salida se anun-
ciarán con la debida oportunidad.

¿CALLOS?

Ungüento mágico

es el callicida por excelencia. Pregunte a cuantos lo han usado, y oirá usted maravillas. En tres días saca de raíz callos, juanetes y durezas. Pídalo en farmacias y droguerías. 1,50. Per correo 2 pesetas. FARMACIA PUERTO, Pl. San Ildefonso, 4, MADRID

ESTABLECIMIENTO DE COMPRA Y VENTA

JOYERÍA · PLATERÍA · RELOJERÍA

Máquinas fotográficas. Gemelos prismáticos Busch-Zeiss-Goriz. Estuches de matemáticas y aparatos de precisión. Pianos y pianolas.

JULIÁN VEGUILLAS DEPÓSITO DE GRAMÓFONOS Y DISCOS

Clavel, 13, e Infantas, 26. - Teléfono M 4.205 - MADRID

Escopetas · Artículos para caza y viaje. · Objetos para regalos. · Máquinas de escribir, bicicletas y motocicletas. · Pañuelos de Manila y mantillas de encaje

ANTIGUA IMPRENTA MILITAR

DE

CLETO VALLINAS

Modelación impresa para todas las Armas y Cuerpos del Ejército. · · · · · Objetos de escritura y dibujo.

Despacho: Luisa Fernanda, 5. MADRID

Zalleres: Zutor 1. y Ventura Rodríguez, 17.

Teléfono 1.545 - J

SERNA

COMPRO, VENDO

Alhajas,

Papeletas del Monte,

Oro, Plata,

Relojes de buenas marcas,

Antigüedades,

Pianos, Autopianos,

Escopetas,

Máquinas fotográficas,

Gramófonos,

Máquinas de escribir,

Prismáticos

y cualquier objeto de valor.

HORTALEZA, 9

TELEFONO 53-51

ARTÍCULOS DE OCASIÓN

EFFECTOS MILITARES Y CORDONERÍA

Bandoleras, Ceñidores, Tirantes, Fladores, Charreteras, Dragonas, Hombreras, Fajines, Fajas, Forrajeras, Galones, Soutaches, Cordones de ayudante, para medallas, bastón, Espadas, Espadines, Sables y Condecoraciones

CELADA

Mayor, 31 - MADRID

Teléfono 2274

Fábrica movida por electricidad

Espuelas, Espolines, Golas, Plumeros, Gorras, Gorros, Roses, Entorchados, Botones, Emblemas, Números, Estrellas, Bordados, Cintas, Rosetas, Lazos, Canutillos, Lentejuelas y Materiales para bordar

Papelería e Imprenta de Felipe Martín Crespo

Calle Mayor, 47.

MADRID

Teléfono 211-M

MEMBRETES, EMBLEMAS PARA TODAS LAS ARMAS Y CUERPOS DEL
EJERCITO

Enseñanza de la Esgrima del fusil con bayoneta

Autor: Capitán D. Luis Pumarola
Profesor de la Academia de Infantería

Interesantísimo libro que complementa el reglamento de
instrucción táctica de la Infantería.

Los pedidos al autor.

Precio: UNA peseta.

Si vuestra industria tiene relación con Cen-
tros, dependencias oficiales, oficinas del ejérci-
to o con cualquier manifestación de deporte o
ciencia, anúnciese en ARMAS Y LETRAS y
verá prosperar su negocio.

Pida tarifas y presupuestos.

Anuncios por palabras

LITERATURA Militar precepti-
va, por Fernando de Altola-
guirre. De texto en la Academia
de Caballería. Único libro de con-
sulta, sobre tal materia, para el
Cuerpo de oficiales. Precio, con el
apéndice, 8 ptas. Pedidos al autor.
Lista, 73.—Madrid.

PARA pasar un rato distraído
nada más apropiado. Cerve-
cería-Bar, servido por señoritas.
Cádiz, núm. 7.

PARA hombres.—Ayer ventrudo,
hoy enjuto: es que uso las FA-
JAS DE JUSTO. Probarlas es
adoptarlas. Carmen, 10, corse-
tería.

GRAN HOTEL.—Alicante. Pro-
pietario, Miguel Simón. Servi-
cio esmerado. Los militares, me-
diante la presentación del carnet
militar, obtienen una bonificación
del 10 por 100.

CLEMENTE Y GARCIA.— Cami-
sería. Ropa blanca. Equipos.
Canastillas. Batas. Especialidad en
blusas. Calle Mayor, 34. Madrid.

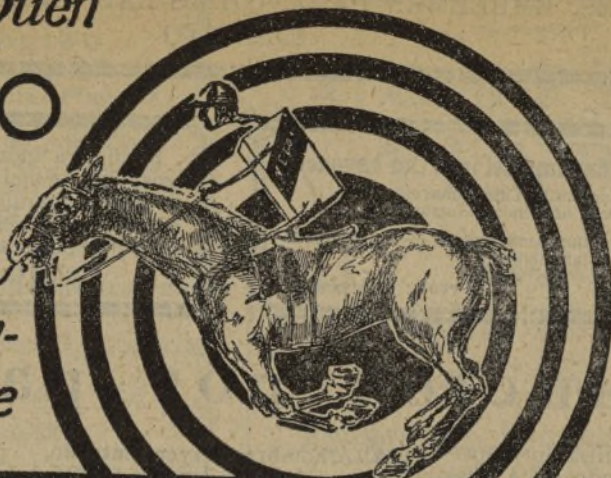
ACERO.—Sastrería militar. Fá-
brica de paños en Béjar. Pro-
veedor de la Cooperativa del Mi-
nisterio de la Guerra. Se remiten
modelos de prendas a las Juntas
económicas. Talleres: San Marcos,
36 y 38. Madrid

Disponible

Ayuntamiento de Madrid

un buen jinete hace un buen **Caballo**

*Si deseais
que vuestras
cuadras ga-
nen siempre
emplead*



**Resolutivo Rojo Mata
Cicatrizante Velox
Anticolico F. Mata**



DOS GRANDES TRIUNFOS DE LA GASOLINA "SHELL"

1.º de Noviembre.

Campeonato del Real Moto Club de Cataluña.

Los primeros premios en todas las categorías.

5 de Noviembre.

Gran carrera internacional de automóviles "PENYA RHIN"

- | | |
|---------------------|-------------------|
| 1.º Lee Guines. | «Talbot Darracq». |
| 2.º Conde Zborosky. | «Aston Martin». |
| 3.º Ramassotto. | «Chiribiri». |
| 4.º Seegrave. | «Talbot Darracq». |
| 5.º Batlló. | «M. A.» |
| 6.º Feliú. | «Elizalde». |

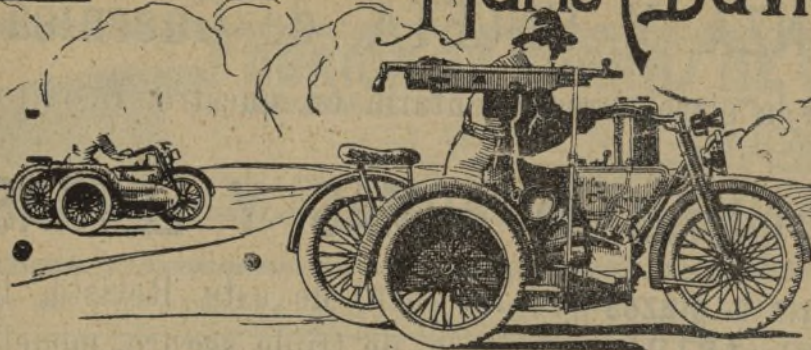
TODOS CON "SHELL" LA GASOLINA QUE EXIGEN
LOS QUE SIEMPRE TRIUNFAN
DE VENTA EN TODA ESPAÑA

numeros "Los Tirolenses"

Ayuntamiento de Madrid

LA MOTOCICLETA MILITAR

es la **Harley-Davidson**



EXPOSICION Y VENTA
J. A. DE LANDALUCE
MARQUES del RISICAL - 7 - Madrid

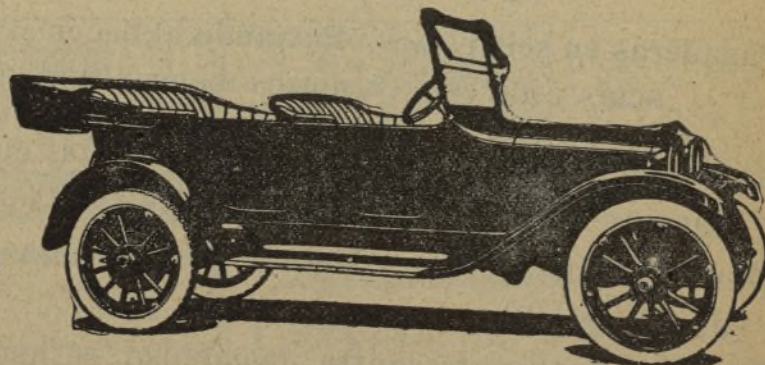
AUTOMÓVILES
DODGE BROTHERS

AGENCIA
Auto - Tracción
(S. A.)

Garage

Talleres

Exposición



Martínez Campos, 49

MADRID

Teléfono J-80

Ayuntamiento de Madrid

INTERESANTE

Por convenio con la Casa

ESPERANZA Y UNCETA, de Guernica
fabricantes de la pistola reglamentaria en nuestro Ejército.

Los suscriptores de ARMAS Y LETRAS

pueden adquirir a plazos por conducto de esta Revista, la preciosa pistola **ASTRA** reformada, de triple seguro, modelo ultramoderno calibre 6,35.

Tiene todas las ventajas:

No se puede disparar por equivocación.

No se puede disparar por golpe contra el suelo.

Sacado el cargador, no se puede disparar el cartucho que queda en la recámara.

Indica el exterior, si está o no cargada.

Ofrece las máximas garantías. Gran precisión. Rápido desarme.

Precio, 46,50 pesetas.

Pagaderas en seis plazos. Enviando al hacer el pedido 11,50 pesetas y el resto en plazos mensuales de 7 pesetas.

Enviando por anticipado su importe total en giro postal, se hace un descuento de 10 por 100.

Enviada contra letra a treinta días, se hace un descuento de 5 por 100.

Enviada en paquete contra reembolso, se hace un descuento de 5 por 100.

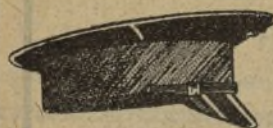




Roca
Fotógrafo

AMPLIACIONES MAGNÍFICAS Y ADMIRABLES
RETRATOS DE BODA
son sus especialidades

TETUAN-20



FABRICA DE GORRAS DE UNIFORME

GORRAS KAKI ULTIMOS MODELOS • ROSES • CHACOTS • KALPANTS

F. VILLAVEDE

Calle Mayor 39. MADRID Envios a Provincias

HIJOS DE JUAN BAUTISTA FEU

DESPACHO: MONTERA, 19

(FÁBRICA: MESÓN DE PAREDES, 79)

MADRID

Establecimiento de toda clase de artículos militares, premiado con diplomas de Honor y Medallas en las Exposiciones a que ha concurrido.
Fábrica de botones de metal para el Ejército y Armada, libreas, ferrocarriles, etc. etc. — Condecoraciones finas y falsas de todas clases —
Medallas para premios y exposiciones — Insignias y distintivos con y sin esmalte.

ESTABLECIMIENTO DE JORDANA

Príncipe, 9.-MADRID.- Teléfono 4.038

Especialidad en artículos para regalos con motivo de ascensos y recompensas.



CONDECORACIONES, BANDAS Y ROSETAS DE TODAS CLASES.—BANDERAS PARA REGIMIENTOS.—FAJAS, FAJINES Y CEÑIDORES.—CHARRERAS, DRAGONAS Y HOMBRETERAS.—CASCOS, GORRAS Y ROSES, CORDONES Y DISTINTIVOS PARA AYUDANTES Y PARA BASTÓN.—SABLES, ESPADAS Y ESPADINES.—ENTORCHADOS, TEJIDOS Y BORDADOS.—BANDEROLAS, TIRANTES BORDADOS Y FORRAJERA.—ESTRELLAS, NÚMEROS EMBLEMAS Y BOTONES.—CORDONES, GALONES Y ESPIGUILLAS.—ESPUELAS, ESPOLINES, PLUMEROS Y GOLAS, ETC., ETC.

CENTRO GRAFICO ARTISTICO

TALLERES DE FOTOGRAFADO

BLASCO DE GARAY, 32

TELÉFONO 22-091

ESPECIALIDAD EN TRABAJOS DE COLOR



BEBED AGUA FARGAS



BORISOL ANTISÉPTICO Y DESINFECTANTE

Eficaz en las enfermedades de los párpados, nariz, boca, garganta, oídos y de los órganos genito-urinaros.

FARMACIA TORRES MUÑOZ.—San Marcos, 11.—MADRID

RECLUTAS DE CUOTA

Acudid para aprender la instrucción a la ESCUELA CÍVICO-MILITAR. La mejor y más conveniente.



**RESERVADO PARA LA
PIANOLA "AEOLIAN"**



ACADEMIA TORRES

PREPARACIÓN PARA EJÉRCITO Y MARINA :: ::

:: :: ARTILLERÍA E INGENIEROS DE LA ARMADA

RESULTADO OBTENIDO EN EL ÚLTIMO AÑO, 41 PLAZAS EN EJÉRCITO Y 19 EN MARINA
EN ARTILLERÍA DE LA ARMADA OBTUVO 9 PLAZAS DE 10 CONVOCADAS

Este centro de enseñanza dispone de capilla a cargo del director espiritual del mismo

EXTERNOS * MEDIO INTERNOS * INTERNOS

CALLE DE PIAMONTE, NÚM. 7.- - MADRID

PEDRO ANDION

Lonas para toldos y cortinas.—Lencería, cuties y terlices para colchones.—Saquerío para envases de lanas y cereales.—Cordelería y tramillas.—Yutes para enfardaje.—Mantas, colchas y géneros blancos. Gutaperchas. :: :: :: :: :: :: :: Lanillas para banderas.

TELÉFONO 14-87 M

IMPERIAL, 8 Y 16 Y BOTONERAS, 8

EL MAS EXIGENTE

saldré plenamente satisfecho de los

Grandes saldos de Colegiata, 2 y 3.

• • •

Pieles, géneros de punto, artículos de seda,

:: guantes, medias, etc., etc. ::

DROGUERÍA, PERFUMERÍA,

CEPILLERÍA, ESPONJAS

Y ARTÍCULOS DE LIMPIEZA

B. LÓPEZ. ~ Atocha, 49.

CASA MUY BIEN SURTIDA

PRECIOS ECONÓMICOS

PROVEEDOR DE LA 3.ª SECCIÓN DE LA ESCUELA CENTRAL DE TIRO



SASTRERÍA
MILITAR PAISANO

ALVARO

Mayor, 20 pral. - MADRID

PAGO MÁS QUE NADIE

Alhajas, Oro, Plata, Pedrería fina, Planos, Pianolas,
Bicicletas y Máquinas de escribir

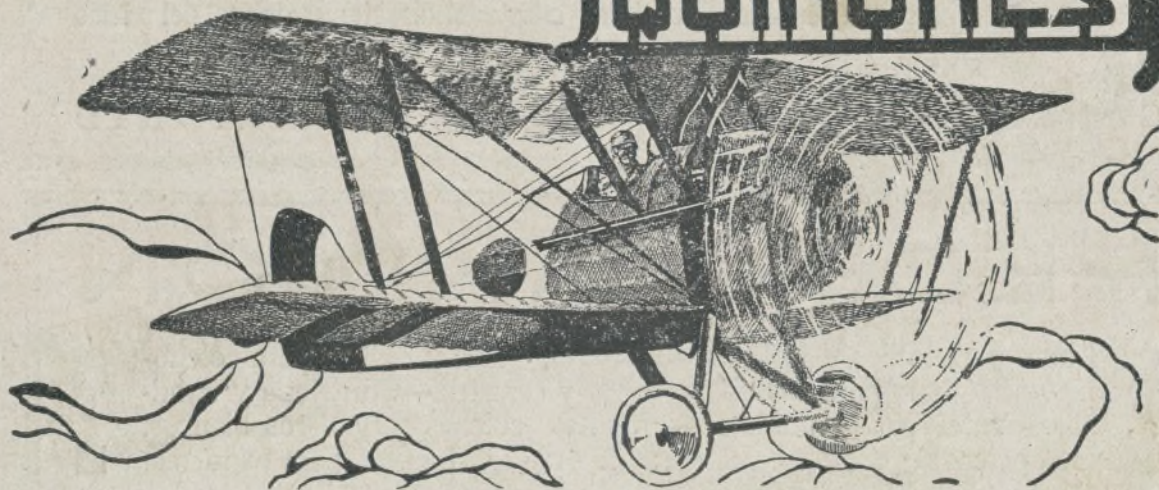
CASA DE COMPRAS Y VENTAS LA OCASIÓN

TOLEDO, 55 - TELÉFONO 797 - MADRID

JESUS MARTINEZ

Especialidad en gorras de plato, roses, chacots y kalpats. Calle Mayor, 57, MADRID. (Frente al café de Platerías.)

[SANTIAGO SANCHEZ QUINONES]



ACCESORIOS

para Automóviles, Globos y Aeroplanos

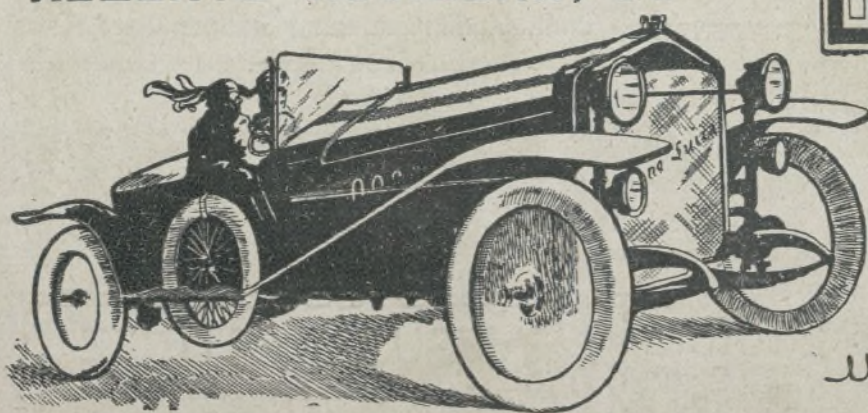
PROVEEDORES DE LA AERONAUTICA MILITAR DE ESPAÑA

Motores NAPIER para aviación.—Cables de goma.—Tensores.—Tubos de acero.—Cuerdas de piano.—Cables de alta.—Cojinetes de bolas.—Hélices. Neumáticos.—Ruedas metálicas.—Telas para globos.—Trajes eléctricos para aviadores.—Tornillería de acero.—Aceites y grasas OLEOSOL, etc.

TELÉFONO J-1342

ALBERTO AGUILERA, 14

MADRID



M. Châlon

Gráfica Universal, Princesa, 14.—MADRID

Ayuntamiento de Madrid



ENTRE JUAN Y PEDRO

—¡Ahora, ahora sí que va de veras, Celipe!

—¿El qué, rediela?

—Lo de golver a casa... ya escomenzó la repatriación; lo he leído en cinco u seis periódicos... mira, aquí tengo uno...

—A ver... ¡otra! por si esto de esta compañía de Sanidad, es lo que le oí ayer leer al furriel de la mía y antiayer al cabo Pérez... ¡tendría gracia!

—¿T'as güelto loco? ¿Qu' es lo que tendría gracia?

—Pues na; que como hay tanto periódico y ca uno dice las cosas cinco u seis veces, allá, en España, a lo mejor se creen qu' han güelto treinta u cuarenta compañías de médicos.

—Ya pué ser, ya; porque pa tantos, los que leen muchos papeles... acaban por no saber *res*.

—Oye... ¿qué quíe icir res?

—No sé; pero el furriel de mi compañía lo ice siempre que lo manda el capitán a comprar y no trae na.

—Entonces querrá icir na.

—U alguna cosa que se le parezca.

—¿Es que hay algo que se parezca a na?

—Pos eso... la repatriación de los que estamos aquí...

—¡Toma! si nos repatrián, pos, no estaremos aquí.

—¡Claro!... por eso mus dejan.

—Ya lo podían icir ¡rediez!; en mi casa, como toos los días leen algo de eso, a lo mejor se creen que no voy porque no quío yo ir.

—Sería el colmo...

—Güeno; t' advierto que no es tan difícil que golvamos mu pronto...

—¡Ahora sales con esas!

—Pero ¿no has leído eso de los voluntarios de Alcalá?

—La otra tarde, oí qu' hablaba d' eso el capitán...

—En cuanto vengan esos, pus, ya estamos aquí demás.

—¿Quién son esos?

—¡Los voluntarios!

—Eso ya es hablar como los hombres... porque serán muchos, ¿no?

—Me paece qu' hay ya cinco...

—Sigue, ¿cinco qué?

—Pos cinco...

—¡Ah!... yo creí qu' ibas a icir cinco miles...

—Ya serán, ya... ten paciencia, que no se hizo Zamora en una hora.

—¿En qué quedamos? ¿Son d' Alcalá u de Zamora?

—De los dos laos.

—¡Es verdad! Siendo tantos, ya puen ser de los dos sitios, ya... y ¿crees tú que vendrán esos a re-levanos?

—Ya estarán andando...

—¿No podían venir en tren pa tardar un poquito menos?...

—¿Te creerás tu qu' en un tren cabe tanta gente?

—Güeno, hombre, asperaremos; pero si tardan mucho, con la costumbre qu' han tomao estos calzonazos de ca día atacar a un campamento...

—¡Bah! ¿Le vas a dar importancia a eso?

—¿Es que no la tiene?

—No, hombre, no; son hechos aislados.

—Y eso ¿qué quíe icir?

—Pues es como si hoy te sacan un ojo y mañana una muela y al otro te cortan una pierna y al otro...

—Al otro, pué que ya no quee que cortar.

—Sí, pero son cosas sueltas y no quien icir na...

—Na... que no te morirá, pero te irás secando.

—Es qu' eres tozudo de verdad... asuponte que en España hubiá cólera y en ca pueblo cayeran cinco u seis, ¿ibas a icir por eso, qu' habiá cólera en toa España?

—Claro que sería qu' en caa pueblo caían unos cuantos, pero aisladamente... ca uno por su cuenta.

—Cabal; que no es lo mesmo que si cayeran toos juntos... pos eso es lo que pasa aquí con lo que icen angresiones...

—Ya te comprendo... es que lo que caen en una no caen en otra y que los moros, hoy por tí mañana por mí, no tien malas intenciones...

—¡Qué van a tener!... ¡Más infelices!

—Y que lo digas... m' ha gustao lo qu' han hecho con el cantinero que cogieron en Daradrius y con la Isabelica, que Dios sabe lo qu' habrá tenío que tragar...

—¿Pos qu' han hecho?

—Se los han llevao a ese pueblo que llaman Ay-que-dir, donde está el gachó de la Krin...

—Y ¿eso es güeno?

—¡Toma!... lo mejor que podían hacer...; allí ya están seguros, ya... y a más, pos con dale uno o dos mil duros al acaparaor ese, los soltará en cuanto queramos.

—¡Qué cosas ices! Y toas aquellas pesetas que se llevó, ¿no fueron pa que nos mandara toos los que tenía?

—Los que tenía, sí; pero los que s' haiga encontrado después, son otra cuenta.

—Entonces... dentro de un par de años tendrá otra colección y habrá que comprársela...

—Natural... es como si tú vas a un monte a comprar maderos; pagas los qu' haiga tiraos... los que aluego tiren o traigan d' otro monte los ties que pagar... o es que por unas pesetas querías comprar too el pinar?

—¿Y si yo voy y me siento en el monte con la escopeta y no deajo que naide corte mas que yo?

—Entonces, como si lo quemas... escomenzando por ahí... too arreglao; es como si tieses un cerezo y te se comen las hormigas las cerecicas; manque las quites de las ramas, si las dejas el tronco pa subir y bajar... no sé si ma comprenderás...

—Sí te comprendo, sí; no es tan difícil...

—¿Que no? Pos mira lo paece, porque la verdad es que antes decíamos en España, hablando de algunas cosas, que cada paso era un gazapo; y ahora ¿qué más quisiéramos que encontrar algún gazapo? too son agujeros y mientras que no los tapemos.

—No creas tú que sólo a nosotros nos pasan esas cosas, no; mía a los franceses la toñina que les han dao a la otra vera de esos montes.

—¿A los franceses? Amos que no sabes lo que lees... ¿no t' acuerdas que quedamos en que no debía hacerse aquí más que lo qu' ellos hacían aonde protegen moricos?... ¡con lo bien que lo hacen!...

—Pos mira; se conoce que han querío llevarse allí un paisano y han comenzao por hacer una funcioncica parejo que la de Anal nuestra... han perdió aún más cañones y ametralladoras que perdimos nosotros.

—Eso será porque tenían más, no porque sean

capaces de perder más cosas que nosotros... ¿a que andivino de qué t' estás acordando?

—¿De qué?

—D' aquellos cincuenta gallegos que robaron en un camino porque iban solos.

—¡Mía qu' eres agudo!... debían hacerte interventor...

—¿Interven qué?

—De esos que vienen ahora, uno pa los paisanos y otro pa los militares y otro pa los curas y otro pa...

—¿Y a qué viene tanta gente?

—Pos a ver lo qu' hacemos toos los demás.

—Hay poca confianza en la cuadrilla, ¿eh?

—No es eso; es que como agora vamos unos por un lao y otros por otro...

—No sé yo que un campo pueda ararse bien con dos araos, ca uno por su lao... ¿y si se meten los dos en un mismo surco?

—Pos mira; lo que allí siembre; o pa los pajaricos si queda mu encima o pa los gusanos si lo hechas mu hondo.

—Oye ¿por qué t' has quedao tan cabiloso?

—Que m' hi he acordao de pronto que cuando se empeñan dos en trabajar un campo, cuasi siempre uno ara y otro coje...

—Pa eso pué que vengan los interventores.

—¿Pa cojer ellos?

—Mira, maño; amos a dejalo, que como es ya tarde y tenemos sueño, a lo mejor no sabes lo que te ices...

—Tíes razón; a nosotros, dimpués de too... en siendo de Zaragoza.

Por la transcripción,

F. DE ALTOLAGUIRRE

PROVERBIOS IRLANDESES

No es sólo China la tierra de los proverbios sabios. Los antiguos reyes y señores feudales que ejercieron poder en Irlanda, en la poética y encantadora *Isla Esmeralda*, fueron hombres de gran inteligencia y sabiduría, que legaron a su país frases sentenciosas de las que ahora se enorgullecen aquellas gentes. He aquí algunas de ellas:

Un ciego no puede ser juez de colores.

Cuando el gato está en los tejados, el ratón anda suelto por las casas.

El hambriento tiene siempre mal humor.

La fama perdura más que la vida.

La esperanza consuela al perseguir.

La borrachera es hermana del robo.

Aprender es el deseo constante del sabio.

Si no tienes dinero carecerás de amigos.

Mira lo que tienes delante de tí antes de dar un paso.

Así como la esperanza es la medicina que alivia la miseria, la muerte es el médico que cura la pobreza.

La sabiduría tiene más poder que la fuerza.

Las mujeres ansían todo lo que es caro.



CUENTOS DE "ARMAS Y LETRAS"

SOÑÓ AMORES Y FINÓ POR CASAR

por JOSÉ S. ALVAREZ



—¿Quieres un cuento porque estás triste? ¡Si yo supiera un cuento alegre!... Te contaré uno, bella amada, lleno de aromas y de fragancias. Un cuento sencillo que vi yo rimar a las estrellas en la noche serena... Escucha, amada.

* * *

Eran unas tierras pardas y secas; llanas como estas tierras de Castilla. Sus cielos eran como los cielos ideales que pintaron los primitivos y nosotros, acaso, soñamos alguna vez. En el misterio de sus atardeceres, el viento sutil volaba sobre la tierra dura y arrastraba en su vuelo la voz de la llanura. Porque la llanura tiene voz, amada mía. Voz sin palabras es la suya, que oyen sólo las almas sensitivas y que tiene modulaciones de rezo, suaves y dulces unas veces, y exaltaciones de cántico, triun-

fal y oloroso, otras. Siempre la fortaleza del romancero, férreo y sonoro, de la lengua castellana.

* * *

En aquellas tierras se alzaba, majestuoso, un viejo castillo que, en otros días, acaso sirvió de refugio a unos soldados sudorosos de pelear contra el moro vencedor.

En este castillo, viejo y derruido, vivía un padre con una hija. Era su vivir silencioso y huraño, en la soledad del castillo, sobre la llanura inacabable. El, era un viejo hidalgo, resto glorioso de otra vida.

* * *

De ella, diría un poeta que era una pálida y triste princesina de leyenda.

Su ondulante cabellera merecía ser peinada con los peines de Elisa, la del tierno romance infantil, y era gaya corona bajo la cual resplandecía un rostro oval, como el marfil pálido y terso, donde florecieron unos rojos claveles, y unas estrellas divinas se posaron sobre unas moradas violetas. Su talle era delgado y parecía quebrarse al andar. Y eran sus manos algo divino, ensoñado; bellas manos marfilinas, como para bordar áureas capas pluviales o acariciar encajes y sedas.

* * *

Y los años pasaron. Y el viejo se hizo más viejo, y la niña más y más pálida, soñaba más. Y fué un día de invierno cuando la llanura era blanca por la nevada y rememoraban las almas el divino misterio del nacimiento de Jesús, y era la luna más brillante y las estrellas más numerosas. Brillaban más en la inmensidad, cuando sonaron unos fuertes aldabonazos en la recia puerta del castillo, que repercutieron lúgubres, por la estancia silenciosa. ¿Quién llamará? Y la niña pálida, y el viejo achacoso, abrieron la pesada puerta.

* * *

Y una voz.

—La paz de Dios sea con todos.

Y otra voz.

—Con el vengáis ¿Qué se les ofrece que a estas



horas tan fuerte llamáis?

Y la primera voz.

—Somos bohemios, señor, que vivimos de nuestro arte; gentes honradas somos. Comediantes de la lengua, vamos de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, arrastrando el dolor de nuestras vidas milagreras, por todos los caminos, bajo todos los cielos.

Y la segunda voz.

—Hogar, fuego y pan tendréis; pasad, pasad.

En el amplio comedor del castillo reposan los faranduleros, sentados en las viejas sillas de cuero, ante una ancha mesa cubierta de manjares.

Y díceles el viejo.

—Es triste vuestro vivir.

Y un cómico.

—Es triste, aunque reímos siempre. Nuestros rostros están hechos a todas las muecas, y por parecer alegres tienen dibujada una eterna sonrisa que el observador atento ve bien, «es una tristeza más en la tristeza» de nuestras almas dolidas y cansadas.

Y el viejo.

—Cuántas aventuras no habéis pasado en vuestro rodar por los caminos del mundo.

Y un cómico.

—Muchas, señor, muchas.

Y la niña.

—¿No podríais contar una para pasar la velada, en tanto llega la hora de dormir?

Y un cómico.

—Nunca tuvieron nuestros labios negativa a los requerimientos de una dama, y ¿queréis la tenga ahora que vienen de la más bella, de la más buena?... ¿Queréis de amor o de guerra?

Y la niña.

—De amor; una aventura de amor.

Y un cómico.

—Pues de amor y galanía os la contaré. Será la historia de mi vida.

Y la niña.

—Hablad, hablad.

Hay gran silencio, y el cómico joven, de las melenas románticas, mira los ojos de la niña y comienza a hablar.

Fué en mis primeros años, cuando era un cantar mi alma, ungida de ilusión y de esperanza. Vivía yo una vida humilde y serena, en un lugar de la sierra, cuando sentí pasar por mi puerta una carreta desvencijada. Paró no lejos de allí en una posada sucia y maloliente, y vi que lo que de ella bajaba eran faranduleros, como ahora somos nosotros...

—¿Cómo se llamaba ella y cómo la hablasteis?, nada nos habéis dicho.

—No os impacientéis, generosa niña de los ojos magos. Ella se llamaba Carmen. ¿Para qué describiroslo? Rubia o morena. ¿Qué más os da? Basta saber que era bellísima, encantadora. No supe nada de mis amores hasta bien pasado el tiempo, pues mi natural tímido no lo permitió. Fué una noche triunfal de primavera, en un lugar alegre, bajo un cielo azul lleno de músicas y cantares y estrellas. Terminada que fué la representación, la di un papelito ocultamente donde le pedía una cita. El cielo se abrió a mi alma, cuando supe, por otro papel, la contestación afirmativa. Envuelto en mi capa galana, con mi

chapeo al viento, fui al corralón de la posada lugar de la cita, y esperé junto al brocal del pozo, bajo un naranjo florecido. Llegó y la hablé de amor, con palabras aromadas e ingenuas primero, ardorosas y sabias después; pues no en vano tenía buena memoria para apropiarme las frases que otros ingenios cincelaran para ponerlas en labios de un personaje ideal... Era como Cyrano, madrigalizando al oído de Roxana... Y así nos llamamos siempre en nuestra intimidad. Cansados de ocultar aquel amor y de seguir aquella vida aventurera, decidimos ir lejos, donde poder gozar de nuestro amor... Y sin que lo notaran los compañeros marchamos. ¡Qué tristes debieron quedar! Fueron los años siguientes de gozo y de placer. Paseamos nues-



tra felicidad bajo todos los cielos, por todas las ciudades... Andalucía, Italia, Francia, Noruega... Los nubosos y grises cielos del Norte, como los rientes y azules del Mediodía, ampararon aquel triunfo de amor. Gasté la fortuna que mis padres me legaron y llegó la inevitable. Cabecita loca, alma de artificio, aquella niña de mi amor primero—que de verla Ana la de la «Eufemia», que escribió Lope de Rueda, la diría cariñosa y amablemente: «cara de siempre novia»—no se avenía a la vida humilde y pronta estaba a buscar otro que le hiciera vivir la vida de lujo que antes viviera.

Y por no perderla estuve a punto de morir, una noche que escalé un palacio de Venecia para robar porque ella viviera y gozara en el mundo fantástico que vivió... ¡No sé cuántas locuras! Robé por ella, por ella maté. ¿Qué más? Fué en Granada, y fué el burlador un galán castellano, poeta y amador, que soñaba una sultana en el misterio rumoroso de los jardines de la Alhambra. Con él huyó, y llorando quedé. Sin hogar, sin amor, sin nada de lo que aliviaba la tristeza de la vida, ¿dónde ir?... Y me junté de nuevo a la farándula. Yo lloraba siempre y era preciso reír. El tiempo hizo el milagro de poner en los labios esta grotesca sonrisa mía y no he vuelto a llorar. ¿Para qué? Nada hay en el mundo que merezca una lágrima si no es el recuerdo de nuestras madres... Y ahora no pienso jamás en abandonar la desvencijada carreta de la farándula que arrastra nuestra «mula anatómica»... ¿Os gustó mi aventura de amor, esta aventura que destrozó un corazón y una vida?

* * *

Pasaron los años. El viejo murió, y de tristeza murió la niña. Un viajero que cruzó la llanura so-

litaria y subió hasta el interior del castillo, ya desmoronado y cubierto de musgos y jaramagos, halló, entre unas piedras, una cajita de madera que contenía unas cartas de amor. Todas ellas comenzaban así: *Mi buena Isabel*...—así se llamaba el amita del castillo.—Y firmaba *Arturo*.

—¡Pobre Isabel!

—¡Pobrecilla, es verdad! Como Mafalda, la princesita castellana, que duerme eternamente en silenciosa capilla de la vieja catedral salmantina, finó por casar.

—Y los comediantes, ¿volvieron?

—Sí. Y fueron muchas las lágrimas al ver solo el castillo y caído. Porque ya habían triunfado y podían ofrecer a sus bienhechores de los días tristes algo más que agradecimiento y amor. Dominaban al público desde el tablado de la escena, en los grandes teatros. El de la aventura de amor alcanzó grandes triunfos como poeta, y no trabajó más en el teatro, pero escribió para él. Como se enteró después del amor de la bella protectora, anduvo siempre triste y ojeroso de pensar cómo la dicha pasó a su lado sin notarla. Su mejor poesía fué la que rimó sobre las ruinas del palacio un día de otoño. Pero sólo la oyó su corazón.

* * *

—¡Yo estoy más triste!

—¿Por qué me pediste un cuento? ¡Si yo supiera un cuento alegre!... Fué siempre dolor mi vida, y lo que de mí sale, tiene un agrio sabor... Acaso mis besos y mis caricias tengan alguna dulzura; no sé, no sé...

Los privilegios del Embajador

Pocas personas de las que no pertenecen al mundo diplomático conocen los extraordinarios poderes y privilegios de que goza un embajador. En sus facultades está hasta el declarar la guerra al país en que se encuentra.

Como quiera que un embajador está en un país como personificación de un rey, su categoría está inmediatamente bajo la del soberano del país y la de los príncipes de la sangre. Aun los embajadores de repúblicas, que no tienen título alguno nobiliario, están en todos los países por encima de toda la nobleza nacional.

En París, los embajadores siguen en dignidad al presidente de la república; la familia de éste no tiene rango oficial. El embajador más antiguo, o sea el que en cada corte lleva más tiempo de servicios,

es considerado como el primero entre todos sus colegas.

Una de las cosas más curiosas respecto a la situación de un embajador en la corte a que ha sido destinado, es que tanto él como cuantos de él dependen, están considerados como si viviesen en su propio país; es decir, que la embajada española en Londres se considera territorio español, y la embajada japonesa en Madrid como territorio japonés.

Un embajador está fuera del alcance de las leyes del país en que vive; aunque cometiese un crimen u otro delito cualquiera, las autoridades no podrían hacer nada contra él. Lo único que la nación ofendida puede hacer, es solicitar del soberano representado por el embajador que destituya a éste y le haga castigar conforme a las leyes de su patria. Por el contrario, aunque exento del cumplimiento de la ley, el embajador puede gozar de todas sus ventajas.



I.

Al cumplir los cuarenta y cinco la Condesita de Loreda, conservaba, ya que no llama viva, rescoldo de juventud levemente encenizado; aun eran chisperos sus ojos bajo las curvas pestañas; aun tenían húmeda rojez los labios y fresca tersura el cutis pálido, y negror reluciente el cabello, invariablemente recogido en dos airosas bandas; aun era grácil el talle y gentiles los movimientos y gallardo el paso, siempre firme, con firmeza de señorío. Digámoslo pronto: la Condesita aun era hermosa y atraía miradas ardientes, tanto más que su viudez era señuelo de galanes enamoradizos, aunque ninguno pasara del mirar tierno o del discreteo malicioso, porque dar un paso hacia delante salía al encuentro, atemorizándolos, la fama de la Condesa. Y esto sí que debemos decirlo pronto: su fama era de mujer pródiga, derrochadora de haciendas; entre sus blancas manos el caudal más abundante se desgranaba, el tesoro más pingüe fluía en copiosos chorros; sus bolsones eran cedazos, sus arcas cribas. Decíase que tres veces había pasado ya por la opulencia y otras tres por la indigencia, sin que tales mudanzas de la suerte le hubiesen servido en tiempos prósperos para esquivar los adversos, mediante el razonable empleo de la contabilidad, de la administración y de la economía.



Y ello es que la Condesita se distinguió en todas las cosas de la vida por la madurez de su juicio prudente y sereno; sólo en tocando a los números parecía liquidarse su inteligencia; la suma elemental de dos guarismos era operación suficiente para erizarle los nervios y producirle la turbación del mareo; preguntar en una tienda el coste de cualquier cosa dábale asqueo de acción plebeya; una dama de su linaje pide y paga, sin tantear antes el precio. Total: que en la preciosa cabeza de la Condesita faltaba la casilla de la aritmética. Por eso a cada uno de los tres estados de su vida correspondió con puntualidad la disipación de una hacienda: en tiempos de soltería aventó las onzas carolinas que el padrino, un hermano de su madre, iba sacando de sus arcones viejos para regalo de la bella sobrinita; durante su matrimonio tocó el turno a la paterna herencia, que, con ser sólida y firme, se desmoronó a pedazos, sin que nadie, ni su marido mismo, pudiera contener el derroche; y, finalmente, al encontrarse viuda fué para ella cosa de pocos años malbaratar las riquezas que, por amor o por lástima le dejó el difunto. Ya eran las fincas abrumadas bajo la triple cargazón de las hipotecas; ya eran los nobles retratos y las cinceladas armas y los tapices flamencos que salían a hurtadillas del señorial palacio en brazos de chamarileros; ya eran las macizas joyas; ya, en fin, la misma rica veta del caudal copioso...

Eso sí, todos estos tesoros se desmoronaban con pompa y ruido; no eran caudales mansos deslizándose hondos; eran más bien cataratas, que al despeñarse levantan estrépito y difunden en la atmósfera polvo áureo. Así en la crónica de los salones el nombre de la Condesita parecía rebrillar con nimbo esplendoroso; las fiestas en su palacio, las jiras en su soto de *la Olmeda*, cercano a la corte, las comidas semanales, en las que le placía sentar a su mesa más que a damas linajudas a varones cuyos nombres resuenan gloriosos... Todos sus despilfarros, sus caprichos de pródiga, tenían el estruendo de la opulencia, esa suntuosidad derrochadora que las mismas crónicas históricas, tan circunspectas y graves, recogen de las crónicas mundanas para dar color al cuadro de una época. Al fin y al cabo, en aquellos salones del palacio de la Condesa, en aquellas umbrías del soto de *la Olmeda*, se tejieron hilos de la historia entre rumorcillos gárrulos.

II.

Corrían por la dama días de poquedad azarosa; y aquella vez sin esperanza de herencia ni de donde resurgiese nuevamente el tesoro. No había ya para la de Loreda adónde volver los ojos; fué llamando uno por uno a sus administradores: quería exprimir la última gota, pero todos iban respondiendo del mismo modo: el caudal estaba extinto, secas las fuentes de rendimientos; ya ni un palmo de tierra sin hipoteca, ni siquiera una finca libre en que buscar refugio. Muy claro se advertía en todos ellos la venalidad astuta, el lucro artero, realizados al amparo de la disipación alocada, pero el latrocinio de los administradores sólo servía para aumentar la desesperación de la administrada.

Hasta llegó a darse el caso de uno de ellos que ni quiso obedecer al llamamiento de la señora; era el más bribón, el más ladino, el más audaz en sus tropelías de administrador redomado. Contestó a la llamada como contestaba siempre: evadiéndose con cuatro líneas de refinada astucia; eran sus epístolas tan socarronas en la intención como torcidas en la escritura, tan tuertas en las razones como en los trazos. Parecía que al deshacer los resobados dobleces del plieguecillo untoso y amarillento, transcendía del papel tufillo rufianesco. A la Condesa le daba asco poner los dedos ni la mirada en aquellas villanas cartas, trasunto de un hombre avieso, de un espíritu sórdido.

Esta vez, sin embargo, pudo más en la Condesa el enojo por la desobediencia, o lo que es más probable, el extremo de su penuria, que aquella impresión de náusea hacia el hombre ruín, para ella desconocido, que trazaba tales cartas; y una mañana, en compañía de la servidora única que a su lado afrontó la adversidad lealmente, metióse humilde en un tren mixto, y marchó tal vez ¡ay! con una tibia esperanza de arrancar entre las garras de aquel hombre un pedazo de tierra o un puñado de dinero. ¡Aquella tierra, siempre yerma, siempre bajo la triste escasez del mal año! ¡Aquel dinero siempre pedido, siempre con cicateras mañas esquivado!

III.

La estación de Pedralba es de esas en las que para el tren, al parecer por gusto de pararse y tomar resuello; en ella no se oye nunca más movimiento que el del azacanedo jefe que va y viene. La llegada de una Condesa con su sirviente, dejando sobre el andén maletas de fino cuero, era lo más inusitado.



Salió al encuentro de las mujeres un viejo de áspera barba, de mirada dura, de paso tardo y mesurado, de hablar lento y algo bronco, de limpia vestimenta, con aludo chambergo, con polaina de cordobán y espuelas vaqueras. Todo revelaba en aquel hombre temple rudo y braveza fosca; era don Victorio, el administrador de la casa de Loreda en Pedralba. Verle la Condesa y relacionar aquel rostro con las aviesas cartas, fué todo uno; desde el primer momento dió por perdido el viaje, como que ella, la mujer resuelta y animosa, sentíase acobardada ante aquel hombre, cuya vejez no había endulzado la fiereza del ceño, ni aplacó el impetuoso mirar de sus ojillos azules.

En un coche cómodo y limpio, tirado por dos mulas lucías, se acomodaron Condesa y servidora, por indicación de D. Victorio, el cual fué, como postillón, cabalgando detrás de ellas en una yegua blanca de larga cola. Anduvieron primero por un camino polvoriento, a través de tierras áridas; pero después se emboscaron en un robledal tupido y lleno de pájaros. Era tan fresco, era tan delicioso el bosque, que la de Loreda sacó la cabeza por la ventanilla del coche para preguntar al de la yegua blanca de quién era aquello; pero el de la yegua iba tan zaguero, que la Condesita no pudo preguntar nada. Y salieron del bosque para zigzaguear por unas lomas tan pobladas de viñedos, que era un regodeo cruzar a través de tan pampanosas cepas. La Condesita volvió a sacar la cabeza, con la pregunta de antes entre los labios; pero el de la yegua blanca iba también, como antes, zaguero.

Llegaron así a la casa solariaga, en cuyos umbrales esperaba, grave y altiva, la esposa de D. Victorio, imponente dama, de rostro tan erizado y mirada tan áspera como su marido. Sin hablar apenas, condujo a la señora a un salón amplio y limpio, con muebles de señorial rancidez, que pregonaban con su bruído el cotidiano esmero. Y es el caso que en todas las estancias que vió la de Loreda observó lo mismo; su admiración era grande; aun era mayor la ira que por los ojos desbordaba tan impetuosa, que en cuanto apareció el administrador ante ella, sin esperar a más explicaciones, con voz enronquecida por la cólera, con las manos crispadas por la violencia de la acometida, le asaeteó a reconvencciones, que salían de su boca con restallido de insulto.

—Había llegado el día terrible de la justicia. El instante de rendir estrechas cuentas. ¡Pues qué! ¿habían pensado reirse de ella? Yo, ya sé que sobre esta casa debe pesar alguna hipoteca; ya sé que la tierra de olivar se vendió a pacto de retro y habrá caducado; ya sé que las dehesas deben pastos por diez años. Sí, señor; bueno está todo esto; pero de ahí en adelante vengan cuentas, señor don Victorio, ahora mismo. ¡Cuentas, cuentas!

Don Victorio, en pie delante de la señora, mirando con ojos astutos, contraído el rostro por sonrisa ladina, ni pestañeó ante la fiereza del ama; aguardó el final, y entonces abrió un arcón de rica talla, buceó en él con los brazos, sacó un rollo de papeles, y, desdoblandolos sobre la mesa, sin gastar palabras, sólo con un ademán altivo, le indicó a la Condesa que los viera.

—Nada de papelotes—dijo la dama.—¡Cuentas, D. Victorio, cuentas!

—¡Pues a cuentas—respondió con su voz ronca el administrador de Pedralba.—¡Vamos a cuentas!

Acercándose al papelorio tendido sobre la mesa y desdoblando de aquí y de allá diferentes documentos, comenzó con reposo las cuentas. La de Loreda oíale atónita; lo que aquel hombre decía costaba trabajo creerlo: aparecían canceladas todas las hipotecas, y libres de cargas las dehesas y rescata-do lo que ella creía entre las garras de la retroventa; todo limpio, todo exento, y, para mayor asombro, todo en producción sana, fecunda, opulenta. Aquello había sido obra tenaz de entereza. La dama miraba confusa a D. Victorio, y éste, sin perder el garbo de varonil mesura, ni la braveza de la mirada, terminó diciendo:

—Estas son mis cuentas; llegó el terrible día de la justicia, el que esperé tozudo durante veinte años. ¡Había de llegar! Estaba seguro de que llegaría; conforme se desmoronaba el caudal de la casa de Loreda, yo me decía: «Va llegando, ya va llegando»... ¡Y llegó!... Defendí las tierras palmo a palmo, y las rentas las defendí céntimo a céntimo; ahora lo confieso todo: fui cruel, fui artero, fui un administrador desobediente... ¡Señora Condesa, aquí tiene usted un refugio campesino para vivir en paz y holgadamente! Esta es la casa que todos los días se limpiaba como si fuese a entrar en ella mi señora la Condesa; desde aquí—y señalaba el balcón de amplio vuelo—se otean las viñas, los olivares, la dehesa, el robledal por donde vino la señora...; aquí está todo esperando el ama que ha de vivirlo y gozarlo..., y aquí estamos nosotros para servirla.

Quien hubiese entrado en aquel momento y hubiese visto el cuadro que se desarrollaba en aquella sala, no lo hubiera creído: la Condesa de Loreda, arrodillada a los pies del administrador venal, artero y astuto, lloraba de emoción, lloraba de agradecimiento.

FRANCISCO ACEBAL

Las llaves de la ciudad

Alfonso el Sabio, en sus leyes de Partida, determina claramente la manera de efectuar la entrega de las fortalezas y castillos, que siempre se ejecutaba por medio de la entrega formal de las llaves. Cuando el alcaide de una fortaleza presentaba su dimisión, emplazando a su rey o a su señor para que nombrase un nuevo alcaide, tenía que ajustarse a lo ordenado por Alfonso. El rey mandaba a recoger las llaves en su nombre a su portero mayor, que era uno de los principales dignatarios de la corte, y en todo caso mandaba la ley que el alcaide saliente dejase en el castillo algo de lo de su propiedad; por lo me-

nos, dice la ley: «Hy debe dexar a lo menos can, et gato, et gallo, et cedazo, et artesa, et olla, et algunas otras preseas de casa, para mostrar que lo tovierá siempre abastecido et que todo se despendiera en guarda del castillo, etc».

La ceremonia era corriente en los siglos XVI y XVII. Cuando los reyes iban a visitar alguna ciudad, salía ésta en corporación a recibirlos, presentándoles al llegar a sus puertas las llaves, que simbolizaban la posesión de la misma, pero habiendo jurado previamente los monarcas guardar y hacer guardar los fueros y privilegios.

LA TELEFONÍA SIN HILOS

No hace mucho tiempo todavía que no disponían los barcos para comunicarse en el mar entre sí o con tierra, más que del llamado telégrafo de banderas, que no se distinguía bien estando demasiado lejos.

Apelábase a las señales de gran distancia, empleando bolas negras.

Cuando pasaban dos navíos próximos el uno al otro y querían hablarse, usaban el portavoz, con el que oía bastante bien el que se encontraba a favor del viento, mientras el otro apenas podía entender nada.

A veces se utilizaba un cuadro negro parecido al que tienen en las escuelas.

Escribíase en él con letras blancas todo lo grande que el cuadro permitía, los datos interesantes, como la longitud, por ejemplo, y dos hombres subidos en marcos elevaban el cuadro y lo exponían al objetivo de los gemelos o anteojos dirigidos desde el otro buque.

Hoy esos procedimientos nos parecerían demasiado primitivos, y sin embargo, no hace veinte años que se usaban en la marina. Pero ahora no son sino un recuerdo.

La telegrafía sin hilos, después de sus comienzos laboriosos y de resultados fallidos muchas veces, salió al fin de su período experimental, y gracias a la tenacidad de los sabios que no les descorazona nada, los navegantes pudieron comunicarse entre sí y con tierra.

Poco después, la telefonía sin hilos vino a facilitar más aun esas comunicaciones, llegando hasta romper la monotonía de la travesía, mediante la audición de conciertos que deleitan al pasaje.

Hace un par de años que los grandes transatlánticos no poseían más que estaciones de telegrafía sin hilos de ondas amortizadas. Los mejor dotados, tenían puestos de impulsión de 2 kilowatios, cuyo alcance medio en el día llegaba a 600 millas. Solían tener además un puesto de respeto de 200, susceptible de reemplazar al otro en caso de avería. Alguno tenía la instalación tan completa, que aun iba dotado de un tercer puesto de medio kilowatio, montado en uno de los botes de salvamento.

A bordo de los grandes transatlánticos, los aparatos receptores radioeléctricos son de un tipo perfeccionado, por lo que pueden interceptar los comunicados de prensa emitidos a todas horas y en todas las longitudes de onda, por las estaciones europeas y americanas más potentes y procedien-

dose así a la redacción de un periódico a bordo, informado de las últimas noticias.

Además de estos aparatos receptores, con ramas ligadas a la antena tendida entre los mástiles, se monta un puesto radiogoniométrico que, en cierto modo, orienta al buque y determina con aproximación la situación de otros barcos que naveguen en su proximidad.

El año 1921, se dió un nuevo y gran paso en la técnica radiotelegráfica, instalando a bordo puestos de 2 kilowatios de ondas entretenidas, con los que pueden efectuarse transmisiones a larga distancia, gracias a los cuales, los buques pueden estar en constante comunicación con tierra, unidos así al viejo y al nuevo mundos durante la travesía de Europa a América.

De esta misma época datan los primeros ensayos de radiotelefonía a bordo de los transatlánticos.

Emprendidos estos ensayos con puestos cuya potencia de antena no pasaba de 40 watios, hicieron



En la cabina del paquebot *Paris* un oficial canta un pasaje de *Fausto*, que es oído a bordo del paquebot *France*, a más de 300 millas de distancia.

que los pasajeros hasta las 500 millas pudieran entenderse con la estación costera telefónicamente.

Poco después, las instalaciones llegaban a un kilowatio, siendo posible un alcance diurno de 1.500 millas.

Gracias a este material pueden sostenerse conversaciones de barco a barco aunque naveguen muy separados.

Hay que tener presente que el medio día es poco a propósito para comunicaciones radio eléctricas, porque los rayos solares reducen mucho el alcance.

Nos encontramos ya muy lejos de los primeros ensayos de la telegrafía sin hilos.

La regulación de la audición.

Quien por primera vez se encuentra ante un aparato receptor en disposición de escuchar un concierto dado en América, siente emoción desconocida, empezando por la visión espiritual gráfica, si así se puede expresar, de la diferencia de horas.

Al aproximarse el momento de empezar el concierto, el aparato parece minúsculo y frágil en demasía para oír a París, Berlín o Londres, y con mayor razón a Nueva York. ¿No será superior a él la tarea de elegir entre tantas ondas las que vienen de tan lejos por encima del Océano? Parece, que los sonidos de los puestos distintos y de los barcos, no han de callar sus breves señales para dejar paso al silbido de las notas americanas.

Haciendo estas y otras consideraciones, sorprende al observador la vibración de las placas auriculares, reconociendo el ruido especial que nerviosa-

mente esperaba, no atreviéndose a tocar las manecillas, por miedo a perder la correspondencia de tan lejos.

Pronto se oye la voz humana, en otro idioma, es cierto, pero limpia y clara que acaba de franquear miles de kilómetros. Con una pequeña regulación, la audición es tan potente y perfecta como si la estación emisora estuviese cerca.

No todos los aficionados, ni aún los técnicos, podrán gozar esta emoción si no disponen de los necesarios aparatos un tanto especializados.

La recepción de radioconciertos a larga distancia.

No está lejos el tiempo en que la irascible galena no entregaba a nuestro oído tan atento, más que algunas señales de puestos emisores nacionales; raramente los de alguno extranjero.

En esta época, hace unos ocho años, el aficionado en cuyo aparato percibía emisiones lanzadas desde más de mil kilómetros, era con-

siderado como un radio muy hábil.

Hoy, con el mismo puesto de galena y gracias al aumento de potencia de las emisiones, los mismos *amateurs* oyen sin dificultad a emisores muy alejados.

No nos referimos a los puestos de lámparas-válvulas infinitamente más sensibles y potentes, que, últimamente, merced a su amplificación, permiten a los aficionados europeos recibir las señales lanzadas del otro lado del Atlántico por los americanos.

En telegrafía, no hay que decir, que los antípodas se comunican en una fracción de segundo. E



Al otro lado del mar los pasajeros de un trasatlántico escuchan la canción transmitida desde otro buque que navega a gran distancia.

aficionado puede interceptar esas conversaciones, bien que la mayoría de ellas son cifradas.

Pero si la potencia emisora de tales instalaciones, alcanza a veces más de 1.000 kilovatios, la potencia emisora en telefonía actualmente, no pasa de uno.

Compréndese que la recepción a larga distancia, de los radioconciertos, sea más delicada y necesite aparatos complejos y una mano ejercitada.

En especial, la recepción de ondas de corta longitud, que cada vez se usan más, presenta algunas dificultades.

Por ejemplo, los que reciben limpia y claramente las emisiones de la Torre Eiffel, cuya longitud de onda es de 2.600 metros, o de otras instalaciones análogas, no pueden recibir las de menos de 500 metros, que es como funcionan las que suministran los radioconciertos americanos.

La galena tiene la ventaja de admitir todas las ondas, cualquiera que sea su longitud; pero como no se puede emplear más que a distancias cortas, hay que echar mano de los puestos de válvulas.

Los constructores de aparatos receptores incurrieron ordinariamente en el error de calcularlos para ondas largas a intensidad máxima; no dejándolos preparados para percibir las cortas. Habría convenido construirlos reservando la posibilidad de modificar algún órgano, a fin de admitir también la longitud de las ondas modificada.

Sea lo que quiera, he aquí un aparato sencillo para la recepción de ondas de 300 a 500 metros, pudiendo recibir largas, de 500 a 4.000, con reemplazar una simple galleta o disco.

La constitución general, es esta: después del órgano de acorde nos encontramos con una primera válvula amplificadora (alta frecuencia) ligada a la siguiente (detectora) por un transformador de alta frecuencia. Otras dos lámpara o válvulasificadoras (baja frecuencia) que están unidas por el transformador de baja frecuencia a la detectora.

El órgano de acorde se compone de una self-inducción y de un condensador variable. El self, en

vez de ser una bobina cilíndrica o una serie de galletas reunidas entre sí y reguladas, está constituido por una sola galleta fácilmente intercambiable. Cuatro de ellas son suficientes para toda la gama de longitud de onda, que va de 300 a 4.000 metros.

Para las longitudes de 300 a 600 metros (puestos americanos) una galleta en el fondo del rodete, de tres a cuatro centímetros de diámetro interior constituida por 40 espiras de hilo, da suficientes resultados si se tiene el cuidado de intercalar un condensador en el circuito antena-tierra.

Sábase que la acción de este condensador es disminuir la capacidad total del circuito oscilante receptor, y por consiguiente la longitud de onda, propia del sistema.

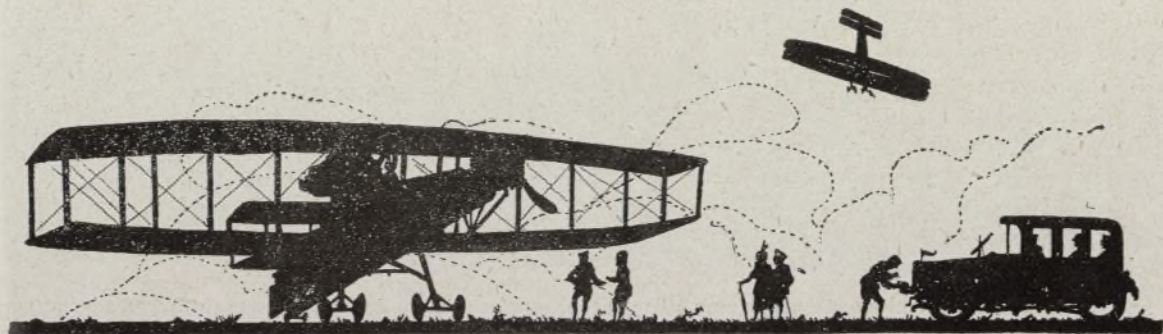
Para asegurar la relación entre la primera lámpara de alta frecuencia y la detectora, no se emplea como en otros montajes, la resistencia. El sistema, de unión por transformador da mejor rendimiento, este tipo comprende un circuito magnético abierto, dos espirales primarias y una secundaria.

La primera formada por una sola capa de hilo muy fino (0'02 mm) bobina sobre un tubo aislador de siete centímetros de diámetro, dividido en dos partes, de las que una es doble que la otra; esta espiral, merced a combinaciones de ramificación, permite la recepción de longitudes de 300 a 4.000 metros, con un rendimiento máximo. La secundaria es idéntica a la primaria, pero la capa única de hilo no tiene solución de continuidad.

La placa de la segunda válvula, está puesta en serie con una galleta de reacción que se acoplará con la de acorde.

El resto de la instalación, no lleva como particularidad esencial más que los transformadores (baja frecuencia) completamente rodeados de envoltura metálica que evita los enganches e inconvenientes locales, oscilaciones y por tanto silbidos parásitos.

Con este aparato de un montaje sencillo y de un manejo fácil, el aficionado paciente podrá oír con un poco de calma, los lejanos puestos de América.





CÓMO SE PREPARÓ LA TRAVESÍA DEL SAHARA

Desde que Francia posee las dos orillas del Sahara, todos sus esfuerzos tendieron a unir la costa argelina con la sudanesa, de modo que fuera esta unión permanente, segura y lo más rápida posible.

La antigua caravana avanzando 25 kilómetros diarios, al lento balanceo de los camellos y perdiendo durante el trayecto todo contacto con el mundo, no debía ser sino un pintoresco recuerdo. Era preciso asegurar la travesía por el trabajo de ingenios mecánicos, de marcha más rápida y unidos a los puntos de partida y de llegada.

Fué natural la idea de pedir al automóvil lo que el tren no puede dar todavía, y se volvieron los ojos al coche mecánico de esencia.

Inmediatamente se comprendió que este carruaje tenía enemigos terribles; las arenas y otros obstáculos infranqueables, los guijarros, las rocas duras y compactas, el entorpecimiento de los órganos por entarquinamiento producido por el polvo, el desgaste de los neumáticos y la brutalidad de los choques, todo contribuyendo a poner rápidamente en detestable estado los coches que se arriesgasen en el desierto.

Se pensó en establecer pistas para automóviles; pero la construcción de ellas hubiera costado sumas fantásticas, y el entretenimiento de tales vías sería casi imposible.

La cuestión parecía insoluble.

La invención del propulsor Kégresse-Hinstin,

suprimiendo la necesidad principal de la ruta, dió repentinamente al problema una orientación nueva.

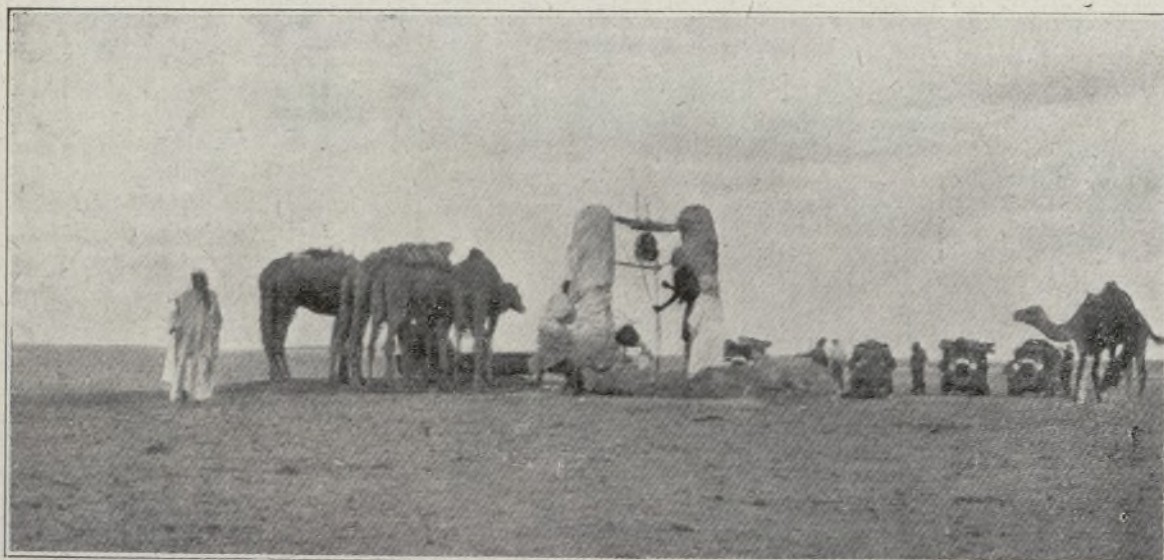
Se resolvió servirse del nuevo propulsor para intentar la aventura y para ver si el auto-oruga podía transformar bajo una forma moderna las caravanas transaharianas de antaño.

Las experiencias intentadas en el Mar de Arena de Ermenonville, primero, y después en el terreno movedizo del alto Pyla, en Azcachon, probaron que el nuevo propulsor expugnaría las extensiones del desierto.

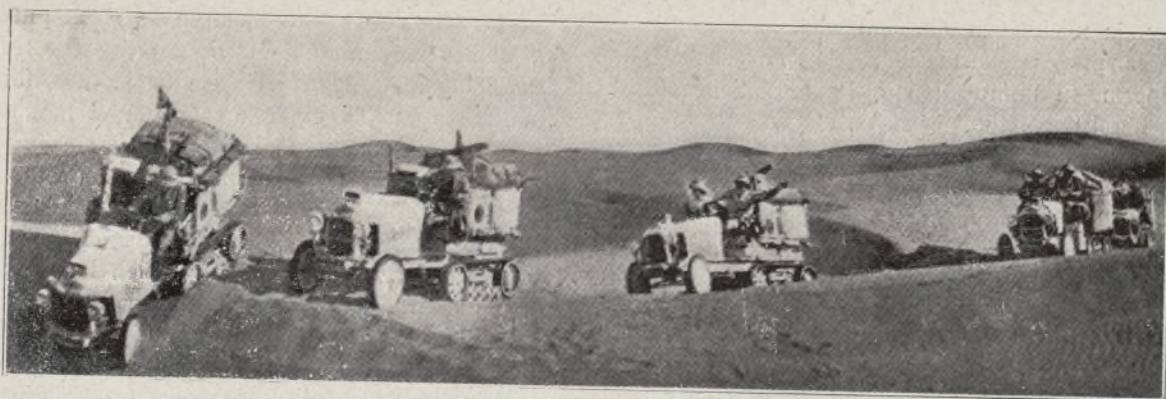
Aprovisionamiento : : de la oruga : :

En sus primeras experiencias en el Sahara, los futuros vencedores del desierto, comprobaron con alegría indecible que iban a poder seguir las pistas trazadas por los camellos, pistas en línea recta a través de las arenas más movedizas, tendiendo siempre a unir lo más rígidamente posible un punto de agua a otro que también la tenga. Hasta entonces los ensayos realizados por automóviles, buscaron siempre suelo duro; pero a costa de grandes rodeos respecto de los caminos camelleros que se extendían derechos ante ellos. El auto-oruga iba a poder seguirlos.

El auto-oruga es muy parecido a los coches ordinarios; necesita agua y esencia; y si la primera es muy raro en toda la extensión del Sahara, la segun-



En el oasis se han concentrado elementos para alimentar los nuevos caballos del desierto que sustituyen a los pausados y tradicionales camellos.



Los auto-orugas salvan las dunas y abrevian el camino descubriendo el corazón del Sahara con el trepidar anhelante de sus motores.

da es un tesoro desconocido en él. Cuando se quiere tener esencia en un determinado punto del desierto, hay que empezar por llevarla.

El problema del aprovisionamiento era el que se presentaba, y tal problema únicamente en París mismo podía resolverse; y en efecto, en París se resolvió.

Esto, justamente, será la parte considerada más curiosa de la expedición. De todos modos, fué lo que hizo posible el *raid*.

Pues mientras los mecánicos daban la última mano a los coches, perfeccionaban los órganos, cuidaban hasta los menores detalles, reducían al mínimo el consumo de agua, modificaban el radiador, condenaban el vapor para no perder ni una gota del precioso líquido y creaban ventiladores especiales, París organizaba el aprovisionamiento del Sahara.

Enorme empresa que fué conducida con la mayor tenacidad y el más preciso método, como con una gran rapidez.

El desierto acometido por el Norte y por el Sur

La primera idea fué ésta; cercar entre dos zonas abundantemente provistas, el centro del Sahara, en el que no era posible ningún avituallamiento; es decir, la terrible región del Tanefzsonft, el país de la Sed, quinientos kilómetros de desierto casi absoluto.

A fin de que la misión pudiera franquear este paso difícil, de más de ciento veinticinco leguas, era necesario que al partir del último puesto, los coches fuesen abundantemente provistos, y que a la llega-

da al siguiente primer puesto, fuesen asegurados de que encontrarían todo lo necesario con abundancia también.

Asimismo se decidió cercar el país de la Sed, al mismo tiempo por el norte y por el sur.

Desde el 18 de octubre al 30 de diciembre de 1922, tres coches tenían su base en Tomboucton. Se encargaban de organizar el sector de llegada, en las proximidades del Niger, y avanzando las reservas que transportarían lo más al norte que pudieran, sobre la línea Tomboucton-Boureur-Kidal, y del 26 de octubre de 1922 al 6 de marzo de 1923, otros siete carruajes teniendo su base en Touggout organizaban el aprovisionamiento del lado argelino sobre la línea In-Salah.

Para el grupo de Tomboucton, el Niger conducía en chalupas los cargamentos hasta Bourem, donde los coches los tomaban para subirlos hacia el Norte. Para el grupo de Touggout, el camino de hierro llevaba por su vía estrecha las provisiones, que los autos conducían hacia el Sur. Para el retor-



... Y el meharista se sorprende al encontrar la máquina que ha hecho fácil lo que ayer se reputaba como peligrosa aventura.

no, la misión señalaba una vuelta con objeto de pasar por ese puerto célebre de Tamanzanet donde duerme su último sueño el Padre de Saucauld y el general Laperrine.

Hay que notar este detalle; que ni una gota de agua, ni un grano de provisiones, ni un litro de esencia fueron transportados ni cien metros de distancia por otros medios que por coches.

Nunca, en parte alguna, se apeló a los camellos. Los organizadores del *raid* quisieron demostrar y lo consiguieron, que el automóvil entregado a sus propios medios, pudo ser suficiente a sí mismo. El Sahara ha sido vencido por el coche mecánico, bajando sólo con sus propias fuerzas.

La absoluta independencia del auto-oruga debía ser y fué comprobada.

Y hay una singular grandeza en la manera cómo a distancia de París, los jefes del servicio, hicieron evolucionar, ir, venir, trabajar sus oficinas a miles de kilómetros en las dos secciones de aprovisionamiento, que el telégrafo tenía en relación directa con las fábricas parisinas.

Todo lo que humanamente podía preverse, fué previsto, y el éxito ha justificado esta notable empresa digna de admiración. Pensemos, por ejemplo, que cada coche llevaba un vocabulario de palabras usuales franco-árabes, facilitando en ausencia del intérprete, la inteligencia con los indígenas; que los coches estaban dotados de un sistema de señales luminosas para comunicarse entre sí; y si no podían llevar telegrafía sin hilos, no fué sino a causa de imposibilidades, que el desierto opone a la implantación de una antena suficiente, desmontable.

Inconvenientes graves pudieron pesar inopinadamente en la balanza; accidentes de máquinas a pesar de las precauciones de las piezas de recambio y talleres para reparar las piezas, en los puntos importantes—tempestades espantosas, de arena en ciertas ocasiones, cuadrillas de facinerosos que se lanzan al desierto en busca de una presa—. La naturaleza y los hombres, podían unirse para estorbar el paso a los audaces caminantes.

Todo eso ha pasado ya. Han regresado por el mismo camino, con un itinerario ligeramente modificado en algunos puntos. Una sola tempestad de arena les ha azotado, pero sin detenerles, y ningún bribón les ha disputado la marcha.

El jalonamiento y aprovisionamiento del desierto, han realizado lo que hubiera podido pasar por un milagro, y que es en efecto un modelo de organización.

Esta obra ¿constituirá un resultado aislado, un raid sin consecuencias? Ciertamente, no.

Este raid constituye un ejemplo de lo que puede y debe hacerse ahora sin dilación.

Evidentemente, la experiencia ha sido costosa. Sin que sea posible, naturalmente, por el momento establecer un cálculo preciso, podemos darnos cuenta clara de que se elevará a cifras considerables su presupuesto, cuando se conozca con exactitud. Los estudios preliminares, los ensayos de máquinas, la construcción de material, la expedición de los dos equipos de abastecimiento con material y personal, y su entretenimiento durante meses en los dos sectores que prepararon, la misión misma, la actividad permanente del telégrafo, los mil gastos accesorios; hay que pensar que una parte del personal y del material no ha podido todavía dejar el Africa.

Había que franquear 3.600 kilómetros y se han franqueado.

Desde el punto de vista práctico ¿cual es el resultado obtenido?

Por lo pronto queda sentado que ninguna dificultad geográfica puede resistir a la obra científica y metódica de los medios de que dispone la industria moderna. Esta verdad puede fácilmente hallar aplicación en todos los casos idénticos. El paso del Sahara puede organizarse, con sólo aplicar convenientemente el método empleado para la preparación del *raid*.

La impresión total del desmonte certoso o del camino ruinoso para automóviles, derriba el más fuerte obstáculo financiero levantado contra los defensores y apóstoles del transahariano. Es una economía de ciento por ciento en los gastos.

Coches que pasan por todas partes reemplazan a las locomotoras, a los vagones y a los camiones. Todo lo que estos coches necesitan en el camino, es agua, esencia, aceite y piezas de recambio. O dicho de otro modo, estaciones de aprovisionamiento y de reparación, dispuestas siempre con material y personal en puntos lo más próximos posibles entre sí. El jalonamiento de la pista natural y no en conservación, reemplaza la continuidad de los rai-les o de la carretera costosamente conservada.

Creíase que habría que construir en el desierto y basta con equiparlo.

¡Gran economía y comodidad!

Gracias a este sistema—probado ya—puede unirse por una cadena sin fin, de carruajes, la Argelia a Tomboncton. Pronto el camión-oruga duplicará al auto-oruga.

Y en un porvenir próximo, las líneas previstas por los transaharianos, serán recogidas, de Toggourt a Bourem, de Aïn-Sefra al lago Tchad, por esas caravanas de nuevo aspecto.

VIAJES POR ORIENTE



COMO SE CIVILIZA UN PUEBLO

El rey Rama VI, que rige los destinos de Siam, está enamorado del modernismo y no deja escapar ninguna ocasión, para innovar, con diletantismo. Ha modificado muy sensiblemente las tradiciones que se transmitían de generación en generación en el palacio de Bangkok, y ha cambiado las reglas de etiqueta y de todo lo que su padre Chulalongkorn había aplicado con exactitud.

El monarca siamés ha reducido mucho el personal femenino que dominaba en la corte, prefiere acompañarse de jóvenes ilustrados y elegantes, porque los ejercicios y placeres del espíritu, le satisfacen más que las danzas antiguas. Sobre todo, se esfuerza en inclinar el gusto de sus súbditos hacia las obras sociales. Ha organizado en su palacio,



Un destacamento de exploradores llamados «tigres salvajes»

una especie de ciudad en miniatura, en la que cada cual desempeña un papel útil y donde él mismo es el intendente superior.

Desde su advenimiento ha tendido a restaurar en los ánimos, que es un honor el sentimiento de fidelidad al soberano y lo mismo la práctica de los deportes.

Rama VI, es diplomado de la Universidad de Peford, conoce muy bien a Inglaterra, y lo que más llamó su atención en ella fué siempre, la lealtad de los súbditos británicos, y su entrenamiento atlético.

Encantado de ambas virtudes, se ha propuesto reponer en su pueblo, el carácter del más vivo patriotismo y de la raza más viril.

Así lo ha recomendado a todos, y para eso ha fundado las legiones de *Tigres salvajes*, que tienen por misión ejercitar y propagar hábitos de ejercicios físicos y los principios de adhesión al rey.

Su tío, el príncipe Devawongré, ministro de Negocios Extranjeros, le ha secundado eficazmente en esta tarea patriótica.

Las legiones de *Tigres salvajes* fueron provistas de uniforme negro en un principio; pero cada legión se distingue hoy con un color diferente.

El rey ha adoptado para sí una indumentaria calcada en la de los ge-



Retrato del rey Rama VI y de la reina y su perro favorito en automóvil

nerales ingleses; pero cubierto por una especie de sombrero de alpinista.

La reina, por el contrario, ha elegido para su tocado, la gorra de los oficiales británicos. Esta señora es, la hija menor del rey Mongkut.

La propaganda de los *Tigres salvajes* viene a desarrollarse mediante un programa de *scoutismo*. El soberano preside las maniobras de los jovencitos siameses y regula sus evoluciones con mucho esmero y cuidado.

Advirtamos, de pasada, que es apasionado por la historia militar.

En la biblioteca del palacio de Bangkok se ven en lugar preferente ejemplares de las guerras de sucesión de Polonia, obra original de Rama VI.

Es este monarca de un espíritu muy curioso. También ha traducido al siamés *Le Poulailier* de Tristan Bernad, que fué representado ante un público escogido.

¡No es esto el colmo del modernismo!

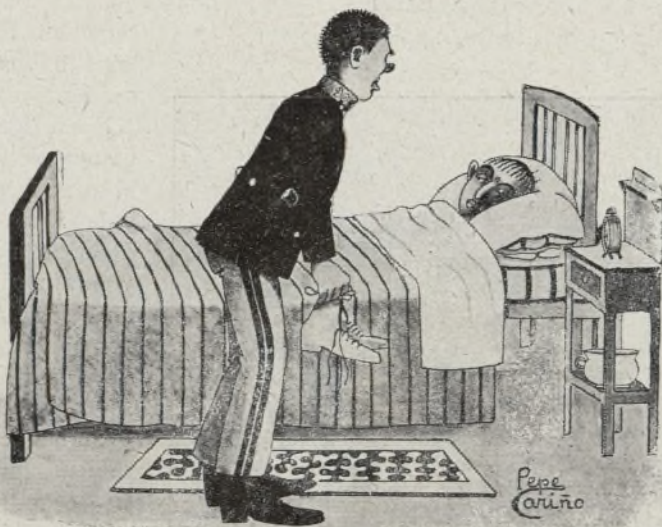
Se asegura que, hasta se entrega al periodismo, y que con pseudónimo, publica en los periódicos de su país, artículos acerca de las cuestiones de actualidad.

Resultaría anacrónico, ver la existencia de estos soberanos asiáticos, deslizarse en un ambiente fastuoso, de absolutismo perezoso y de carácter arcaico.

Rama VI tiende a figurar como hombre progresivo, filántropo, jefe de los intelectuales y amante de las modas occidentales.

Siam no es ya el país del elefante sagrado (el rey ha cambiado la bandera), quiere ser considerado como una nación a la vanguardia en el Extremo oriente, evolucionando tan deprisa como el Indostán y el Japón. Su soberano, no es un rey contemplativo, el jefe de los *Tigres salvajes* se ofendería si se le considerase un rey *chapado a la antigua*.

NOTA CÓMICA



—Señorito, ¡que van a dar las cinco...!
—Mira, Atilano, cuando me despiertes a esta hora no me llames señorito. ¿Crees tú que hay algún señorito que se levante a las cinco..?

EL MAYOR AEROPUERTO

Croydon, el puerto aéreo de Londres, está muy bien dispuesto. La superioridad del Bourget está en las instalaciones definitivas de sus cinco grandes hangares de cemento armado, altos como naves de catedral, pues tienen 23 metros, su anchura es de 50 y la profundidad 25, que se piensa aumentar hasta 36. Han costado un millón y cuarto cada uno. Hacían falta los cinco, porque el puerto es frecuentado por otras tantas grandes compañías que necesitaban tener cada una su depósito de reparaciones, oficinas y talleres.

A estos hangares recién construídos, se van a agregar otros seis, más ligeros y rudimentarios, de la época de la guerra, que se están reformando con ladrillo y cubiertas de palastro y que solamente tienen 33 metros de anchura. Cuando esté terminado, que será muy pronto, el Bourget habrá costado 20 millones de francos, no comprendido el terreno, que lo cede graciosamente, aunque no en propiedad, la Aviación militar a la civil.

Los hangares de la militar ocupan la otra rama de la V que delimita el vasto triángulo abierto sobre el horizonte, parecido a un trampolín verde bajo el cielo azul. El jefe del puerto o jefe de estación, si quiere asimilarse esto a los ferrocarriles; tiene a sus órdenes 80 personas que obedecen a tres subjeses, correspondientes a tres grandes servicios: administración, talleres y balizaje.

El balizaje es la policía de entrada y salida. Si se piensa que en los días claros hay con frecuencia 50 aparatos, entre civiles y militares, evolucionando sobre el aerodromo, se comprenderá la necesidad de las consignas y de la regularización o reglamentación para evitar incidentes. A tal fin, una severa consigna obliga a los aviones a dejar los jalones terrestres 200 metros a su izquierda sobre el Bourget.

Se necesita una policía muy atenta y reglamentada también, respecto a la salida de los aviones del aerodromo y su elevación del suelo.

En tesis general, la salida debe hacerse cara al viento. Para entrar en el puerto es necesario, así de día como de noche, verle desde lejos. El faro eléctrico del Bourget está colocado a 30 metros de altura,

tiene una potencia lumínica de 6.000 bujías y es visible a 60 kilómetros. Sin embargo, estas 6.000 bujías son una cerilla al lado del nuevo faro de Dijon, de un millón de bujías, visible a 300 kilómetros.

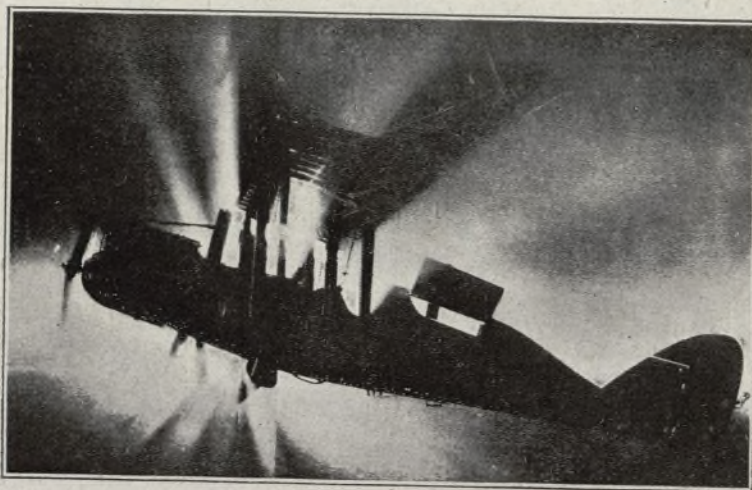
Los aviones que se elevan sobre el Bourget a 800 metros divisan desde ese momento el faro de Dijon, que les indica las rutas del Sur, las de Laursana y las de Marsella, por ahora, y mañana les indicará asimismo las de Italia y de Africa.

Pero entre París y Londres no se necesitaba una señal tan gigantesca.

Ese boulevard aéreo está plantado de reverberos. De 50 en 50 kilómetros un terreno de socorro levanta su faro de acetileno, visible a 30 kilómetros.

En noches serenas, el avión París-Londres vuela de punto en punto luminosos. En noches nubosas esos faros de acetileno son algo humosos; pero quedan los eléctricos, más espaciados, aunque suficientes. Pues de París a la costa, como de la costa a Londres, la estrella de uno no se extingue antes de vislumbrarse la de otro.

A estos faros, el Bourget añade las noches brumosas los *cohetes paracaidas* y los *remolques-proyectores*. Estos cohetes al magnesio suben a 300 metros e iluminan *a giorno* la cámara oscura del firmamento durante tres minutos cada cuarto de hora. Cuando el avión invisible está lo bastante cerca para que el oído perciba el bordoneo del



Las maniobras de aterrizaje durante la noche se realizan por auxilio de potentes focos eléctricos que iluminan el aerodromo con igual intensidad de luz que durante el día.

motor, los cohetes se disparan de cinco en cinco minutos. Entonces se enciende un *remolcador-proyector* de 12.000 bujías, que ilumina todo el terreno, y también se enciende sobre el hangar una T luminosa en el sentido del viento, entre las lámparas rojas que bordean y dibujan los hangares.

Un detalle muestra la minuciosidad de las precauciones tomadas. El Bourget posee dos *remolques-proyectores*: uno servido por la corriente eléctrica ordinaria o el suministro público, y el otro lo está por un grupo de socorro, para el caso en que el primero pudiera fallar.

Durante el día, como el hombre no dispone, cual en la noche, de letras de fuego que hablan a los ojos, inventó la telegrafía sin hilos que habla al oído.

Tres puestos herthzianos posee el aeropuerto de que nos ocupamos: uno de tráfico, otro de meteorología y otro de telefonía. El meteorológico registra a hora fija la velocidad del viento, el estado del cielo y la visibilidad en todas las líneas y recorridos. En cuanto al telefónico, está destinado a dialogar con los pilotos en vuelo y se halla instalado a 19 kilómetros del aerodromo, en el pueblito de Louvres, retirándose un poco del ruido de la multitud para hablar. Diálogos cortos y precisos, desde luego; pregunta y respuesta cambiadas en cinco o seis segundos, prácticamente, tan ligeros



Uno de los mayores atractivos del viaje es cruzar por encima de un campo de nubes que descargan sus aguas en la tierra mientras el aeroplano recibe directamente los limpios rayos del sol.

como si se hablaran al oído los interlocutores.

—¿Qué tiempo hace?

Bourget responde a Sain-Iglovert en la costa, o a Croydon en la inglesa.

Viajeros, hombres de negocios o políticos, conocen en el aire las novedades que les interesan, como si estuvieran sentados en su despacho.

* * *

Hay varias categorías de terrenos de aviación. El simple *Terreno de socorro*, con un guardian, un teléfono y un *stock* de esencia; después va el *Halte*, donde hay dos: el jefe del puesto y el mecánico, con un servicio de radio y otro de meteorología; vienen luego las *Stations*, que tienen ya taller de reparaciones y un camión, y, por último, las *Gares* (estaciones) que cuentan con doce empleados.

El Bourget es una estrella de cinco brazos, que son sus cinco hangares; algo así como los andenes de las grandes estaciones ferroviarias.

Se puede volar desde este aerodromo hacia Londres, Bruselas, Estrasburgo, Suiza o el Mediterráneo.

Por la línea de Bruselas puede irse hasta Holanda y por la de Estrasburgo hasta Polonia, y acaso pronto hasta Constantinopla. Y la



En el aeropuerto el piloto recoge la correspondencia urgente, que llevada por los aires ha de intensificar las relaciones comerciales entre poblaciones alejadas.

línea suiza que va a Laussana remontará los Alpes y alcanzará pronto a Venecia.

Por el momento sólo dos líneas funcionan regularmente y a pleno rendimiento, así en verano como en invierno: París-Londres y París-Bruselas.

No se renuncia a partir sino algunas mañanas de otoño en que una niebla excepcionalmente persis-

ta *Air Unión* transportó desde el 1.º de Enero al 18 de Marzo de este mismo año 226 pasajeros, 56.512 kilogramos de mercancías y 29.189 de periódicos.

Entre los viajeros, solamente el 5 por 100 fueron franceses. Tal vez obedezca a que éstos van menos a Londres que los ingleses, tan aficionados a viajar, a París; debido también, sin duda, a que el



Al llegar a las grandes capitales gusta dominar su panorama. La fotografía muestra cómo se ve desde el aire los más bellos lugares de la antigua Roma. Bordeando el Tiber se ve el Castillo de Saint Angelo y más allá ofrece su admirable perspectiva la plaza de San Pedro y los edificios del Vaticano.

tente impide elevarse, o que, sin ser el viaje importante, presente cierto riesgo de interrupción en ruta.

Las compañías saben que no les perdonarían los accidentes que el público perdona a las ferroviarias. Prefieren detener el tráfico y perder los beneficios del día.

En tales ocasiones, los pilotos siempre quieren hacer el viaje, jurando y perjurando que responden del buen éxito. Son casi todos pilotos procedentes de la guerra, que han corrido cientos de riesgos mayores y se sonríen de la pusilanimidad del público civil.

París-Londres es la línea tipo.

¿Cuántos viajeros creará quien no lo conozca que ha transportado pagando 300 francos por asiento? El último año 9.113 y el anterior 6.000

Para dar datos precisos, diremos que la Compañía

burguesa francesa es más comodón que el británico, menos aventurero y no amigo de arriesgar su piel.

También hay no pocas francesas timoratas que hacen jurar a sus maridos que no volarán; lo que no se le ocurría siquiera a una inglesa.

Se cuenta que el director de una de esas Compañías había jurado no montar jamás en ninguna de esas diabólicas máquinas en que con tanta alegría hacía embarcar a sus clientes.

Sin duda eso es un cuento tan irónico como la respuesta de aquel jefe de estación a los viajeros de un tren accidentado que se quejaban:

—«¿Pero viaje yo?»

Ocurre que raramente el jefe de estación tiene que ir en el tren, como el Capitán general de un departamento marítimo no tiene que hacer viajes de alta mar, como el director de una compañía de aviación no necesita lanzarse a volar.

Creemos que el miedo no influye nada en eso.

Esos grandes aviones que sirven las líneas citadas cuestan 200.000 francos; la prudencia limita su vida a doscientas horas de vuelo, de donde cada hora supone un desgaste de mil; pero añádase que la hélice no dura más que treinta horas, que el motor ha de ser revisado en todos los viajes, desmontado, limpiado y reparado como un reloj que va a casa del relojero, cada sesenta horas.

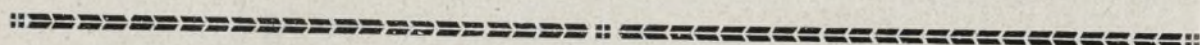
Lo que da gusto observar cuando se visita el Bourget, que se visita demasiado poco, es la fe que anima a todos esos obreros *del azul*, luego a los capitalistas que arriesgan millones espléndidamente, hasta el más insignificante mecánico y los pilotos que por 100 francos diarios (suelen tener 3.000 al mes) están, como el *jockey* de carreras, el conductor de automóvil y como los otros deportivos, atentos

y meticulosos, sabiendo que responden de las preciosas vidas humanas que les entregan.

Para garantir el buen estado de su corazón y de sus reflejos nerviosos, se les somete a examen o reconocimiento cada tres meses. Con respecto a su valor, no necesitan reconocimiento ni examen. Son jóvenes forjados en la guerra, de bien templado acero.

Con la telegrafía sin hilos a bordo de los aviones, el jefe del Bourget anuncia la salida de uno de Inglaterra con la misma naturalidad que un jefe de estación da la noticia de la salida de un tren de la estación inmediata.

Consultando los cuadros o estados, se ve que los viajes interrumpidos en ruta por causa de una *panne* no pasan de uno por treinta. Los pasajeros son conducidos, en tal caso, a la estación más próxima para que tomen el tren. Sin que haya ocurrido nada más nunca.



CASOS Y COSAS

La trenza de los chinos.

Es relativamente moderna esa costumbre, pues hasta el siglo XVII no empezó la costumbre de dejarse crecer las trenzas.

La obligación fué impuesta a los chinos por los tártaros manchúes en signo de humillación cuando conquistaron el Imperio.

Como las trenzas de los chinos vienen a medir por término medio un metro, y como la usan unos doscientos millones de hombres, se ha calculado que enlazadas todas esas trenzas formarían una que podría dar cuatro vueltas y media al mundo.

El primer museo.

El primer museo, o templo de las musas, fué el que fundó Ptolomeo Soter en Alejandría el año 300 (a. J.). Dicho museo no lo era en el buen sentido de la palabra, porque más bien estaba destinado a la enseñanza y se relacionaba con la célebre biblioteca de Alejandría.

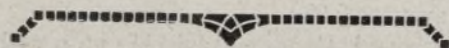
No se recuerdan museos o colecciones permanentes y públicas de objetos naturales entre los antiguos, porque lo que más se aproxima a estas instituciones son las colecciones de cosas notables, por lo general sujetas a veneraciones supersticiosas, que se conservaban en edificios destinados al culto.

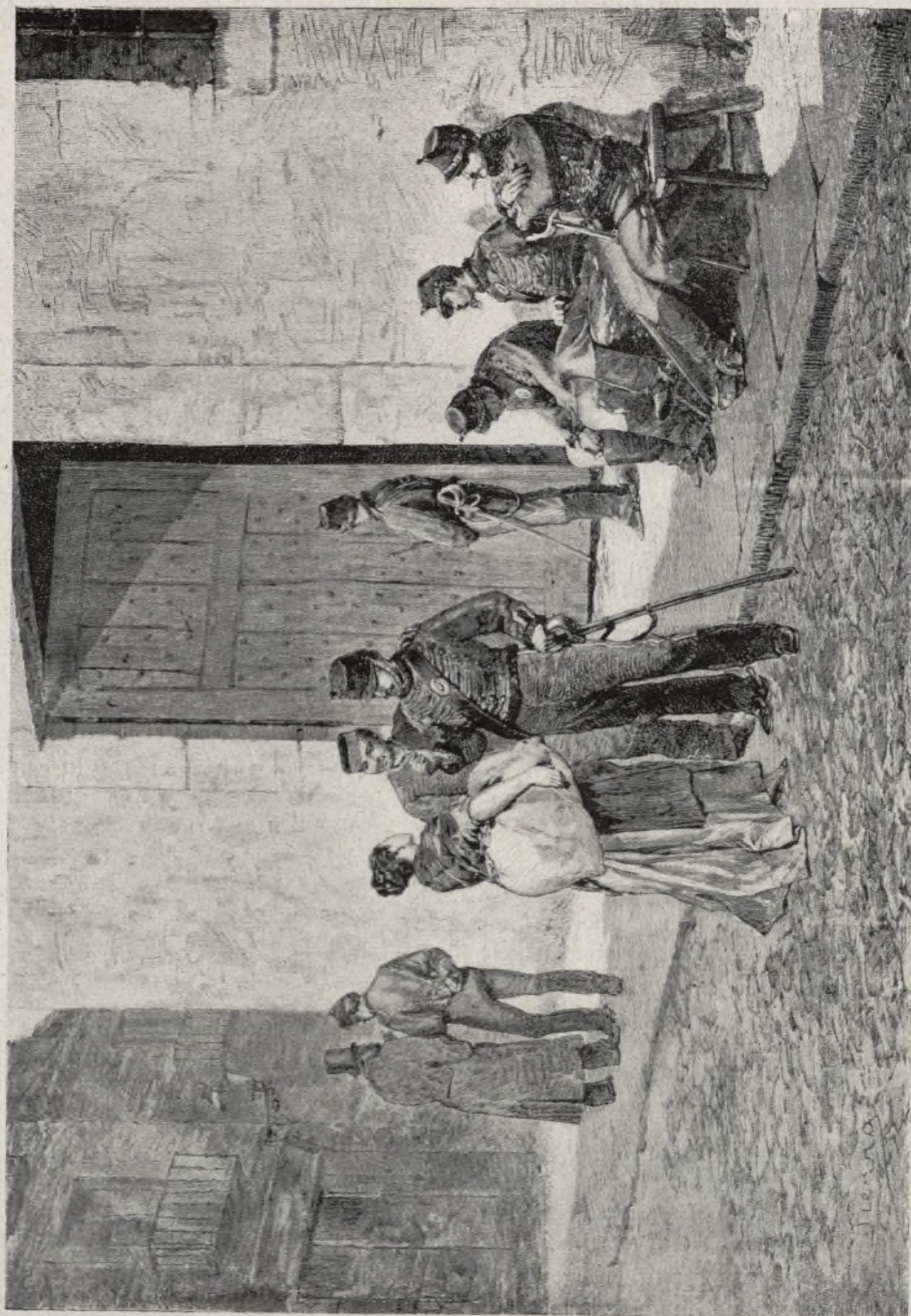
En la Edad Media comenzaron a fundarse museos o colecciones de objetos antiguos como curiosidad, por personas ricas, los cuales siempre estaban unidos a galerías de pintura y escultura.

Uno de los catálogos impresos más antiguos que se conocen, es el de un museo particular que Samuel Rickelberg, médico de Amsterdam, publicó en 1575 en Munich.

Dos hombres que sin ser parientes tienen a la misma hermana.

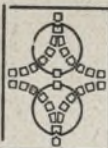
Ernesto Legouvé, en sus *Sesenta años de recuerdos*, le ha ocurrido este caso a él mismo. Dice el célebre escritor francés, que Mr. Sué se casó con mademoiselle Sauvan, de cuyo matrimonio nació una joven llamada Flora Sué. Los cónyuges se divorciaron, y Sué se casó con otra señora, de cuya unión nació el célebre novelista Eugenio, autor de *Los Misterios de París* y de *El Judío Errante*. Por aquella época, la primera Mme. Sué se casó con Gabriel Legouvé, cuyo hijo es el actual Ernesto Legouvé, autor de *Adriana Lecouvreur*. Por lo tanto, Eugenio Sué y Ernesto Legouvé son hermanos de Flora Sué, aun cuando entre ambos no exista ningún parentesco.





A LA PUERTA DEL CUARTEL

Dibujo por Ricardo Balaca



DE LOS MISTERIOS

DE LA CIENCIA



LA VISIÓN SIN OJOS



No hace mucho que circuló en los centros científicos, el rumor de que un sabio acababa de hacer un descubrimiento emocionante. Había llegado a demostrar que el sentido de la visión no está en el hombre, situado exclusivamente en los ojos. Nuestra epidermis, de la que no conocemos todos sus recursos misteriosos, es capaz de darnos una percepción bastante clara del mundo exterior, si la acostumbramos a desempeñar el papel de placa sensible en la fotografía del universo.

Simplificando las cosas, podría obtenerse esta conclusión: *Se puede ver sin los ojos; se puede leer con la piel.*

A pesar de su esquematismo, esta fórmula resume el alcance del descubrimiento del profesor Mr. Luis Farigonle, que es el sabio antes aludido. Afirma este, que existe una «visión extraretiniana» y que estamos dotados, sin saberlo, del «sentido paróptico».

Da la explicación técnica siguiente:

El tegumento que recubre nuestro cuerpo, encierra una serie de órganos microscópicos llamados *ocelos*. Fisiológicamente el *ocel* es un diminuto ojo rudimentario; pero completo. Comprende:

1.º Un cuerpo *refrigente*, constituido por la célula ovalar.

2.º Una retina *ocelar*, formada por la expansión *menisca*.

3.º Una *fibra óptica* constituida por la fibra nerviosa que soporta la expansión.

El autor del descubrimiento, luego del proceso de la función *ocelar*, se encamina al siguiente esquema:

Los rayos luminosos que han atravesado las capas superiores de la epidermis, cuya transparencia es suficiente, chocan con el cuerpo refringente

y surten de refracciones sucesivas, viniendo a formar sobre la retina ocelar, imagen más o menos grosera.

La percepción paróptica utilizará un mecanismo bastante sensible y parecido al de la visión retiniana.

Pero no hay que satisfacerse con esta teoría simplista. Mr. Farigonle es el primero en ponernos en guardia contra el peligro de los vulgarizadores, que intentarían entregarse a esta asimilación demasiado cómoda.

Mr. Farigonle ha venido a estos conocimientos, por el estudio de los invertebrados. Había comprobado la imposibilidad de atribuir una función invariable o ciertos órganos sensoriales en los animales inferiores.

En el estado actual de la ciencia, no podemos delimitar de una manera precisa ciertas reacciones fisiológicas, acerca de las que únicamente razonamos por analogía.

Por otra parte, la naturaleza nos suministra indicaciones desconcertantes. Se sabe, por ejemplo, que los pescados tienen en cada lado, o en sus flancos una *línea lateral*, formada por un cordón nervioso, salpicado de pequeñas depresiones. Estas dos líneas juegan un importante papel en la vida de los seres acuáticos.

Si se suprime una de ellas, dejando intactos los ojos, se observa que el animal procede como si fuera tuerto de aquel lado; y si se suprimen las dos líneas, queda tan torpe como si estuviese ciego.

En cambio, si le privamos del uso de los ojos, dejándole las líneas laterales, veremos que se mueve con gran desembarazo relativamente, y esquiva bien los obstáculos que se le hayan puesto.



Para asegurar la experiencia, los ojos se cubren con una quintuple venda, cuyos dispositivos se colocan sucesivamente en la forma que indica este grabado, y que tienen por objeto garantizar que ningún rayo de luz pueda llegar a la retina.

Al principio, mostrará excitación; pero siempre desde el punto de vista de la visión, resulta que para los pescados son más útiles las líneas laterales que el aparato ocular.

Sábase asimismo, que el murciélago ve poco y que vuela de noche siempre en zig zag. Sus alas son ricas, en terminaciones nerviosas, y parece evidente que gracias a esta hipersensibilidad, tiene el sentido de los obstáculos.

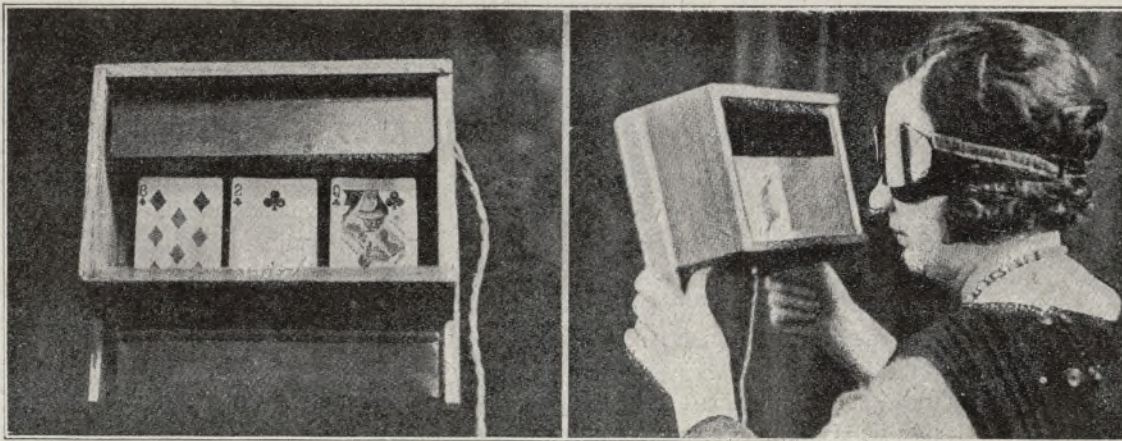
Los ciegos tienen también este «sentido de los obstáculos» que les advierte la proximidad de un muro, de un árbol o de un transeunte.

Esta percepción puede explicarse, evidentemente sin recurrir a la teoría de la visión paróptica ni al

era el agente esencial de excitación del sentido paróptico. Las imágenes percibidas por la epidermis, eran tanto más claras cuanto más brillante la luz; se trataba de una verdad.

Emprendió entonces una serie de experiencias metódicas con las más severas garantías científicas para reunir un cierto número de comprobaciones inatacables. Tendió a tomar por sujeto, no sólo a los ciegos, sino también a personas dotadas de una vista normal, tapándoles herméticamente los ojos con aparatos bien estudiados. Quería demostrar que la función paróptica no se desenvuelve únicamente en los seres privados de la visión retiniana.

Este sentido debe pertenecer a todos los hom-



En esta situación, los objetos colocados en la caja impresionan el cerebro, que percibe y trata de definir por sensación extra-retiniana la forma del objeto.

mecanismo de los oídos. Podría resultar de una aptitud de la epidermis para apreciar cierta elasticidad variable para evaluar la resistencia producida al aplastamiento de las capas de aire que separan al ciego del cuerpo sólido. Esta sensación de la presión, no está relacionada con la visión extraordinaria; se experimenta al tacto y no a la vista.

Al experimentar Mr. Farigone este «sentido del obstáculo» en los ciegos, se dió cuenta de que la definición clásica de la visión no expresa que es un contacto a distancia, lo que se revelaba con exactitud. Aproximando rápidamente un objeto puntiagudo a la mano de un ciego, provocaba un movimiento de defensa reflejo; pero obtenía igualmente algunas indicaciones precisas, que la comprensión de oposición del aire no podrá explicar.

«Me amenaza usted con un objeto puntiagudo», le decía una paciente, y la simple percepción táctil no hubiera sido suficiente para percibir esos detalles.

Además, el experimentador comprobó que la luz

bres; es una facultad latente, que no falta más que despertar y desenvolver.

En poco tiempo, entregándose los sujetos a un esfuerzo de atención intensa y fatigosa, empiezan a percibir, vagamente primero, luego con una precisión creciente de los volúmenes, de las formas y de los colores. Leen caracteres de imprenta, grandes al principio y más reducidos después.

Para huir de toda clase de superchería, el profesor coloca las cifras o letras que somete a la lectura epidérmica en una cajita denominada *guiñol*. Está iluminada interiormente; pero su contenido se encuentra protegido por todas partes contra cualquier indiscreción de los ojos; pues la única abertura de la caja, es la que se pone en contacto con la parte elegida de la epidermis, y entonces el sujeto deberá leer o describir los objetos presentados en el centro de la caja.

Se puede aplicar el sistema, indiferentemente a la frente, los carrillos, la nuca, el antebrazo, etc. En tales condiciones, a cubierto de todo fraude, parece

que se han hecho experimentos victoriosos de la visión extraretiniana, en presencia de comisiones de sabios, contrastadoras, cuya imparcialidad y sangre fría no se pueden poner en duda, dando perfecta garantía legal al buen éxito de la experiencia.

El experimentador se sirvió para sus experiencias, de ciegos de toda especie: los que habían sufrido la enucleación completa y otros que perdieron la vista por degeneración del órgano.

Apartándose sistemáticamente de las cegueras originadas por herida cerebral para evitar toda discusión acerca del carácter absoluto y definitivo de la enfermedad. En todas las circunstancias, los resultados han sido concluyentes.

Algunos sujetos alcanzaron el beneficio de una agudeza de una décima, colocándoles en igualdad con gran número de miopes.

Todos tuvieron el sentido de los colores, percepción en la que interviene muy especialmente la mucosa nasal.

La opacidad, la transparencia, la traslucidez de los objetos, la reflexión de las imágenes en los espejos y las variaciones de intensidad lumínica, son percibidas e interpretadas por la visión paróptica, de la misma manera que por la ocular. Bien entendido, que se tomaron siempre las debidas precauciones para que no tomara parte alguna en esta percepción el tacto.

Los objetos o textos reconocidos fuera del gui-



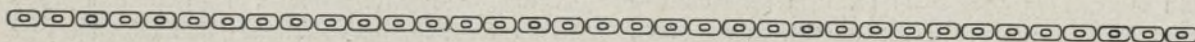
La aproximación de un objeto a la nuca basta en ocasiones para que el cerebro se dé cuenta de su presencia y lo vea.

ñol se colocan debajo de un cristal para que sea imposible toda intervención táctil.

Han sido comprobados estos resultados, por reputados médicos de hospitales, por radiólogos, por oculistas, por filósofos y por críticos de orden diverso que han firmado actas que no dan lugar a la menor duda.

Se puede discutir la explicación fisiológica, el mecanismo *ocelar* y emitir otras hipótesis histológicas para justificar el fenómeno; pero no por eso dejará de quedar probado y establecido científicamente que las experiencias de «ver sin los ojos» han tenido pleno éxito.

Merece este problema que tanto bien puede reportar a la humanidad, no perder tiempo y tratar de desenvolver esta conquista de la ciencia moderna.



LAS LLAVES DE LA CIUDAD

Alfonso el Sabio, en sus leyes de Partida, determina claramente la manera de efectuar la entrega de las fortalezas y castillos, que siempre se ejecutaba por medio de la entrega formal de las llaves. Cuando el alcaide de una fortaleza presentaba su dimisión, emplazando a su rey o a su señor para que nombrase un nuevo alcaide, tenía que ajustarse a lo ordenado por Alfonso. El rey mandaba a recoger las llaves en su nombre a su portero mayor, que era uno de los principales dignatarios de la corte, y en todo caso mandaba la ley que el alcaide saliente dejase en el caatillo algo de lo de su pro-

piedad; por lo menos, dice la ley: «Hy debe dexar a lo menos can, et gato, et gallo, et cedazo, et artesa, et olla, et algunas otras preases de casa, para mostrar que lo toviera siempre abastecido et que todo se despendiera en guarda del castillo, etc».

La ceremonia era corriente en los siglos xvi y xvii. Cuando los reyes iban a visitar alguna ciudad, salía ésta en corporación a recibirlos, presentándoles al llegar a sus puertas las llaves, que simbolizaban la posesión de la misma, pero habiendo jurado previamente los monarcas guardar y hacer guardar los fueros y privilegios.

:- La enfermera



de la Cruz Roja :-

*Junto al lecho de los mártires permanece conmovida
prodigando a los soldados dulces frases de consuelo,
y su mano, blanca y breve, que acaricia en su desvelo,
es un bálsamo suave sobre el dolor de una herida.*

*La alba toca de enfermera que a sus sienes va ceñida,
como un ave asustadiza presta siempre a alzar el vuelo,
es magnífica aureola que cobija el tierno anhelo
de su frente soñadora, por piadoso afán ungida.*

*El dolor pone en sus ojos una sombra de misterio
al recuerdo de un soldado que en injusto cautiverio
sueña lejos de la Patria, con nostálgica emoción...*

*Y en las auras del crepúsculo, con ardiente amor, le envía
la ternura de sus lágrimas, flores de melancolía
que perfuman el recuerdo como rosas de pasión.*

JUANITA ZAMORA

Mayo, 1923.





LA GLORIA

I

Athel era dueño del mundo.

Por los esfuerzos de la ciencia reinaba en los aires y sobre las aguas; por el esfuerzo de sus soldados había invadido todos los pueblos pequeños, sojuzgando a los grandes, desbaratado repúblicas, pisoteado imperios, detenido el progreso y burlado el derecho de la libertad.

Y quiso recorrer las fronteras de su vasto imperio más dilatado que el de Alejandro, más poderoso que el de Roma.

A lomos de recio bridón, cuyas herraduras de plata agostaban la hierba que pisaban y convertían en estéril la tierra que herían, empuñando la flamígera espada, flotante su manto de armiño y al viento el rojo airón de su cimera, «el amo del mundo» fué recorriendo uno por uno los pueblos que señalaban los confines humeantes y sangrientos de su imperio.

Acompañábanle, a guisa de macabra cabalgata, un Estado Mayor de fantasmas famélicos, cuyas carnes macilentas y maceradas por el sufrimiento inacabable caían, al trote de sus bridones, en fofas piltrafas, dejando sólo los esqueletos enfundados en los ricos uniformes y a horcajadas sobre los fantásticos brutos. ¡Si Athel era la Fuerza, su séquito era la Muerte!

Pero al llegar a los pueblos conquistados, nadie salía a recibir a Athel, el poderoso y magnífico señor del mundo.

Ciudades y villas, pueblos y aldeas, eran unos

montones de ruinas sobre otras. Nada quedaba del esplendor y riqueza que el progreso y la paz pusieron en ellos. Todo arrasado, todo en escombros humeantes aún, por una ejemplar ironía del Destino, sólo quedaba en pie en aquellos pueblos borrados del planeta, ¡el cementerio! Pero ya no correspondían a este nombre «modesto». Aquellos humildes cementerios eran vastas necrópolis agrandadas, ensanchadas sin cesar por las necesidades imperiosas de la guerra, para dar tierra a las víctimas y a los héroes de aquella, juntos con último y supremo abrazo en las entrañas fecundas de la tierra.

La guerra había cambiado la faz del planeta, y junto a las derrumbadas metrópolis se alzaban las flamantes necrópolis, sucesoras de aquéllas. Y allí donde reinó la paz, y el trabajo laboró por el progreso y la cultura, reinaba ahora el silencio del no ser... Lo que fueron huertas frondosas, valles amenos, fértiles praderas, sotos umbríos y montes vestidos de verdes pinares, era ahora una corteza rugosa y áspera, socavada e improductiva, cruzada por ríos de sangre, como abiertas arterias, por donde se desangraba un mundo agónico.

Pero aunque la tierra fuera un vasto cementerio, Athel, el poderoso y el magnífico, era el señor del mundo, y el sol no se ponía en sus dominios. ¡Todos los reyes rivales suyos, fueron aniquilados y cañoneados horrorosamente todos los pueblos libres, que prefirieron la muerte a la esclavitud!

Athel reinaba ya sin trabas sobre el planeta.... pero la flor de sus caballeros y la savia juvenil de su pueblo habían perecido y agostádose en la esté-

ril cruzada. Y Athel, paseaba la majestad de su corona imperial por la corteza de un astro muerto y seguido por los fantasmas esqueléticos de su guardia regia.

II

De súbito atajó su carrera loca un blanco espectro que mostraba su faz descarnada, entre los pliegues de un sudario de nieblas, contraída por una mueca trágica que pugnaba por ser una risa macabra. En sus sarmentosas manos sostenía una guadaña de plata y un cráneo que brillaba a la luz de la luna con raras eflorescencias fosfóricas.

—¿Dónde vas, Athel? ¿A dónde caminas?—y la voz hueca sobrecogió el corazón del señor de señores. Pero rehaciéndose, audaz y osado, aulló frenético:

—¡Voy en pos de la gloria! ¡Soy rey de reyes! ¡Señor de señores! ¡Vencedor de los vencedores! ¡He rendido cien reyes! ¡He domeñado a todos los pueblos de la tierra! ¡He conquistado la gloria en buena lid! ¡Paso a Athel el Conquistador!

—¡Detente! ¡La Gloria te sale al paso anticipándose a tus deseos y ensueños!—gimió la voz cavernosa.

—¿Tú quién eres?—exclamó el «imperator», contemplando las monstruosas y burlonas quijadas del espectro, que contestó:

—¿Yo? ¡Soy la Gloria! ¿No me buscabas? Mira... ¡Esta guadaña de plata, es el cetro que todo lo somete y la espada que todo lo conquista! ¡Este cráneo, donde fosforecen aún los últimos microbios de la ambición humana, es el cráneo del último de tus caudillos, el que conquistó el mundo para ti! Y arrojó al suelo el fosforescente cráneo, que se desmenuzó en millones de millones de átomos de luz, que se apagaron sin dejar rastro.

—¡Ah! ¿Eso es el poder? ¿Esa es la Gloria? ¿Luz que brilla y se apaga sin dejar huella de sí misma?

—¡Sí; esa es «tu» Gloria! ¿No lo sabías? ¡Un punto entre dos eternidades, como tú! ¡El nacer y el morir! ¡Vuelve el polvo al polvo, después de lucir un momento bajo un rayo de sol! ¡Desdichado de quien no sabe aprovechar ese momento de vida! Ven... Toma mi cetro... Yo te lo cedo... Reinando tú, la Muerte no tiene nada que hacer en la tierra. ¡Es esclava también de «tu» Gloria! ¡Toma!—y entre-



gándole a Athel la bruñida guadaña, se desvaneció como un sueño en aquel frío paisaje lunar.

Al verse solo Athel, en el inmenso planeta que su ambición de Gloria convirtió en necropolis, clavó los acicates en el vientre de su bridón lanzándole a una carrera loca, desenfrenada, por la estepa lunar, infinita y desahitada, gritando, en vano, en el paroxismo de su frenesí, con las fauces secas, los ojos fuera de las órbitas, y blandiendo, como supremo trofeo, la argentada guadaña.

—¡Oh Gloria! ¡Dame un pueblo para dominarlo; una virgen para gozarla y un hombre para que bese mis pies!—y nadie le responde, ni sombra viviente se opone a su paso.

Y dice la leyenda sideral, que Athel recorre aún en su carrera triunfadora aquel planeta muerto, condenado al suplicio de la inmortalidad; porque buscando la Gloria, venció a la misma Muerte.

B. MORALES SAN MARTIN

UNA ADVERTENCIA OPORTUNA

(SUCEDIDO)

El coronel don Marcial, persona excelente y digna, aunque militar muy rígido y severo ordenancista, al encargarse del mando de un regimiento en Melilla, para su particular servicio y de su familia, entre varios asistentes nombró por su buena pinta a un tal Rodríguez, soldado de la sexta compañía del primer batallón, mozo inteligente y de chispa, jerezano puro y neto y de presencia lucida.

Pero ¡ay! nada en este mundo es perfecto y, por desdicha, nuestro asistente, con todas sus cualidades bellísimas, era triste y fatalmente del zumo de la uva víctima, y en cuanta ocasión sus pocos recursos lo permitían, pues, ya estaba el buen Rodríguez en la *tasca* de visita enjuagándose el gaznate, que era su mayor delicia.

Desgraciadamente, pronto por su olfato y buena vista notó el coronel el vicio fatal que el aborrecía, y llamando al asistente, con voz grave y expresiva y el entrecejo fruncido dijo así: «Rodríguez, mira, ya he descubierto que tienes afición a la bebida.....

—Mi coroné.....

—Punto en boca, y oye estas dos palabritas: Si vuelves a beber vino, te voy a dar tal paliza que no te va a quedar hueso sano para mientras vivas».

Oyó la sentencia el mozo con la cara compungida y..... ¡quién sabe en su interior las reflexiones que haría!

A las cuatro o cinco noches fué mandado a hacer de prisa un encargo, y al volver a las dos horas cumplidas, notó el coronel al punto que el asistente traía una gran dosis de líquido que no era agua cristalina.

Por cierto ademán del jefe se hizo cargo de la crítica situación el pobre chico, y en actitud decidida exclamó: «Mi coroné, no me diga nada uzía esta noche; me ha cogido a la fuerza la familia de un paisano e mi tierra que tiene aquí una botica, y hoy ha dao a luz su hermana y bautizaban la cría, y su madre y su cuñado, y su agüelo y su sobrina, me han puesto en el compromiso de tomar unas copitas.....

—Basta, gritó don Marcial, basta ya de retahila.

Vaya usted a dormir la mona; quítese usted de mi vista, y solamente le digo que a las tres va la vencida».

.....
A la mañana siguiente hallábase en su oficina el coronel, cuando vió a Rodríguez que volvía de la compra tan borracho, que causando mofa y risa a todos los transeúntes, de acera a acera venía describiendo exageradas eses y otras muchas cifras.

Como un leopardo saltó el coronel de la silla; mandó que subiera el mozo, y con la faz encendida, apenas le tuvo enfrente gritó con voz terrorífica: «¿Otra borrachera?..... ¡Ah! pillo, te cayó la lotería».

Y desenvainando un sable, iba a descargar con ira sobre Rodríguez, cuando éste clamó con voz afligida, cuadrándose y procurando mantener postura fija:

«—Mi coroné, ¡po la Vigen; dírnese escucharme uzía una cosa tan ziquiera ante de hacé una injusticia! —¿Qué cosa?

—¡Que ésta no es otra borrachera, que es la mismal!

JAVIER DE BURGOS.

EL VELLOCINO DE PLATA

NOVELA, POR FRANCISCO CAMBA

(CONTINUACIÓN)

caballos jóvenes, ágiles, cuya piel relucía al sol como seda humedecida. Detrás, blandiendo los rebenques, inclinados sobre sus monturas para dar menor resistencia al viento, pasaron los peones como figuras de un friso clásico que milagrosamente hubieeen adquirido movimiento y vida. No tardó en sofocarse por la distancia el ruido de los cascos, en perderse a lo lejos el tropel piafante y sonro y en sentirse de nuevo un rumor como de trueno. La tropilla, recadada de más cerca, volvió a pasar como en una evocación de perseguidos centauros trotantes. Entonces fué cuando la criolla pareció darse cuenta de la proximidad de Daniel.

—También tiene bellezas nuestra campaña, ¿verdad? Esto no lo hay en su tierra...

Peró ya todo el agrado de antes había desaparecido. En su voz cantaba tan sólo un orgullo extraño, el orgullo del país, como pretendiendo hacerle sentir su condición de extranjero, alejarlo. A aquellos jóvenes que la rodeaban podía no conciderarlos dignos de su amor, pero eran de allí, la habían visto sola con él largo rato y, arrepentida quizás, acaso avergonzada, quería ofrecerles el homenaje de su independecia. Y no aguardó siquiera a que él respondiese para volverse a mirar hacia otro lado. Agrupados ya los caballos, se perdieron nuevamente de vista, y tan pronto iniciaban otra vuelta, uno de los peones, sin apear, se acercó a Estela. A Daniel le llamó la atención aquel hombre por su extraño atavío y la extraña expresión de su faz. Cubría su cabeza con un chambergo de cortas alas y en las piernas traía aún el legendario chiripá de los gauchos. Un cinto de monedas de plata tintineaba a cada movimiento, calzaba espuelas sonantes sobre las botas a media pierna, y el facón asomaba por entre las monedas del cinto. En la cara cetrina destacaban una barba en punta y unos ojos callados y melancólicos.

—La niña dirá—exclamó, descubriéndose con gesto galán.

Le pedía que señalase uno de los caballos, cualquiera, para enlazarlo en su honor.

—Aquél, Figueroa; aquel alazán de la mancha blanca.

El gaucho se cubrió en silencio, y se alejó unos

pasos. En su rostro cetrino se desmayaban los largos bigotes y sus ojos humildes, mirando a lo lejos, al horizonte infinito, parecían reflejar la infinita tristeza de la llanura. Aguiar, con un tumulto de ira en el fondo de su ser, dijo que la campaña argentina tenía realmente bellezas, pero se sonrió de la jactancia de aquel hombre. ¡Era buena! ¡Ofrecer así un caballo salvaje que corría libre como el

—Pues ya verá...

Volvía a oírse el eco lejano de la tropilla. Figueroa se destacó corriendo, y la criolla ya sólo tuvo



interés para aquel espectáculo. Estaba, acaso, más bella que en todo lo anterior del día, animada por la grandeza de la fiesta ruda. Inmóvil, vestida con frescas ropas de verano, que más realzaban los encantos de su cuerpo, parecía adquirir un porte de estatua una expresión majestuosa. Clavados los ojos en el gaucho, creyérase tal vez, la sacerdotisa de algún culto guerrero, alentando a los combatientes, presidiendo su preparación para el combate. Y su belleza era tal, tan milagrosa, que el sol sol, cayendo de lleno sobre ella, no lograba alterarla. No restaba el más leve matiz al rosado de las mejillas, a la vaga púrpura que circundaba aquellos ojos, al blanco ambarino del cuello, como si todo allí tuviese a un tiempo la consistencia y la finura de los esmaltes. Sólo la emoción los alteró un momento. Al acentuarse el son de trueno de los cascos batiendo la tierra, el rostro de la criolla enrojeció intensamente, como sofocado por la emoción del triunfo. Daniel, entonces, vió a Figueroa partir en seguimiento de la tropilla, sobre su montura, muy erguido el brazo derecho, y rítmicamente, a compas de la cabalgada, voltear el lazo con vigor increíble, hasta darle la apariencia de un aro de hierro...

Y llegaba otra vez la tropilla, otra vez se acercaban los caballos salvajes, alargando las cabezas, husmeando el viento, veloces, despavoridos... Pasaban ya por delante del grupo, y en aquel instante se oyó un silbido filado y seco. Era el lazo, estirándose, la cuerda de cuero que, como una bala, hería el aire. Rápida, la criolla se volvió hacia Daniel, tocándole en el brazo con la punta de sus dedos y diciéndole, nuevamente encendida de emoción y de ansia:

—¡Mire!

Al contacto imprevisto, Daniel se estremeció todo, cual si hubiese recibido una descarga eléctrica. Tuvo fuerzas, sin embargo, para mirar. La tropilla aceleraba su carrera loca, como si los caballos hubiesen adquirido alas. Pero uno de ellos se rezagaba, quedaba atrás. Era el alazán, el mismo alazán señalado por la criolla, preso ya de la estirada manea, cuyo otro extremo se arrollaba al puño de hierro del gaucho. Y la criolla tornóse un instante hacia Daniel.

—¿Pueden ofrecerse caballos libres como el viento?

Pronto todo su interés volvía a concentrarse en el campo donde el potro jadeaba, estirando angustiado el cuello, levantándose, retorciéndose, rebramando de rabia y de sorpresa. Otro lazo, certamente dirigido, le atarazó las patas y lo hizo caer con golpe seco. Toda la gente corrió entonces ha-

cía aquel sitio. Tendido en el suelo, aún jadeaba el animal, y sudaba con un sudor pródigo, y se le llenaba de blanca espuma la boca, y exhalaba de sus flancos un vaho caliente, y temblaba todo, no se sabía si de miedo, si de ira. Bajo su fina piel cobriza, hinchábanse sus venas como venas de una mano fuerte al través de un guante ajustado. Y los ojos, inmensamente abiertos, rayados de sangre, clavaban en la gente una mirada de penetración más que humana.

Después de poner al caballo recado de cuerda en la boca, montó el gaucho tranquilamente, sin otros arreos. Dió el animal unas vueltas, se alzó sobre dos patas, sintiendo aquel peso extraño, aquel extraño dominio, y como una conciencia ominosa de su yugo.

De repente, deseoso, sin duda, de esconder su vergüenza, partió rápido, recto, más veloz que una ráfaga de huracán, atravesando en el yuyal áspero, los cardos altos, las bravas e hirientes matojas. Durante algunos minutos, aquello no fueron un caballo y un hombre luchando cada cual por imponerse al otro, sino un solo ser con una voluntad sola y un solo deseo, que resucitaba a maravilla la bella y fuerte leyenda de los centauros. Perdióse el grupo de vista tras los altos yuyales, y al instante, en un claro del paisaje, volvió a surgir, indeciso por la distancia y se esfumó otra vez, perdiéndose en el horizonte.

De nuevo, al cabo de unos minutos, surgió a lo lejos, confuso aun, y pronto claro, magnífico, airoso el caballo, erguido el hombre con el pañuelo flotante y el rebenque en alto, marcando el compás a la cabalgada ya tranquila. Un aplauso de admiración estalló en el campo, y la admiración aumentó al darse cuenta la gente de la magnitud del triunfo. El caballo venía tan domado, tan sometido, tan obediente, que parecía regresar de un paseo. Cruzó así el gaucho por delante de la multitud, que seguía aplaudiéndole, y vino a detenerse donde estaba Estela, otra vez la triste sonrisa en los labios y el chambergo en la diestra. Estela le felicitó, le dió las gracias por su galantería, con palabras que animaron la palidez de aquel hombre. Más viéndola abrir el bolso, el bravo hijo de las llanuras sacudió con firmeza la melena negrísima.

—Gracias, niña, pero no.

—¡Cómo!

—Si quiere dejarme algún recuerdo que de veras estime, déjeme una de esas rosas.

—Toma.

Y mientras se la arrancaba del pecho, comentó con Daniel la delicadeza del gaucho, aquella exqui-

sita delicadeza que no le extrañaba. Figueroa era un gaucha verdadero, un superviviente de la brava y noble raza que un día pobló enteramente la llanura. Conocía bien a tales hombres. Ya no domar a un potro, que para ellos nada significaba, sino exponerse a graves peligros, era cosa que hacían sonrientes y sin darle importancia. Jugaban con la vida, por ser la vida su único tesoro. Y tras un suspiro, llenos los ojos de nostalgias confusas, murmuró con voz doliente:

—Estos hombres si que no me darian risa al hablarme de amor... De uno de ellos si que acaso fuese capaz de enamorarme...

Y ya alargaba al gaucha la rosa de su pecho, cuando un joven alto y rubio corrió despavorido, protestando. Aquello se decía antes. De saber que había un premio, él hubiera competido con Figueroa.

—¿Vos?—preguntó sonriendo la muchacha.

—Yo, sí. Una flor de jardín semejante, no me la robaba a mí nadie...

—¿Pero vos sabés quién es Figueroa?

—El primer domador de estos pagos, ¿quién no lo sabe? Pero yo también soy criollo, y ni Figueroa me asusta.

—Aún es ocasión entonces. Aquí hay otra rosa, si la querés ganar.

—¿Del mismo sitio?

—¿No lo ves, sonso?—censuró, ya interesada en el juego—. Que te preparen un caballo, che, y no hace falta que compitás con nadie. Te bastará domarlo.

En aquel instante, otro joven, destacándose de un grupo inmediato, alargaba la cabeza, preguntando si se le aceptaba de competidor, y como fuese admitido, pronto el asunto adquirió los caracteres de un torneo. Llegaban más muchachos, deseosos de inscribirse, di-

ciendo que una rosa de Estela no podía nadie llevarse «de rosas». Alguien hizo notar que lejos, en otros grupos, había otros «mozos», no enterados del suceso, y Estela dijo, cada vez más animada y alegre:

—¡Ah, pues avísenlos, que no podrá organizarse una segunda prueba! No me quedan más premios..

Trujillo, entonces, brindó a servir de heraldo, mientras Daniel, reducido a la impotencia, experimentaba un sentimiento ardiente de indignación. ¡Cómo le hubiera gustado inscribirse también, montar en pelo uno de aquellos

caballos salvajes y domarlo con la maestría de un gaucha! Desinteresada de él en absoluto, Estela, allá había ido a reunirse con sus jóvenes compatriotas, tan capaces de ofrecerle la emoción apetecida de fuerza y de belleza. Daniel sintió aumentarse su ira contra la torpe educación que le dieron. Sintió profundamente el dolor de aquel desprecio que alcanzaba en cierto modo a su raza también. Para más acentuárselo, Trujillo tuvo el candor de preguntarle si domar un potro era muy difícil, y fué la criolla quien, desde lejos, respondió con acento un poco brusco, cargado de orgullo glacial:

—Esto es cosa nuestra.

Caía la tarde, entretanto.

El sol oblicuo doraba las ramas de los ombúes, y daba al verde césped un cierto tono de oro sin brillo. El campo, por donde esperando el gran suceso, paseaban ya mujeres de la jira, vestidas todas de seda, era más que nunca un parque propicio a las églogas señoriles. Como en una evocación de otras edades, los gauchos, transformados en peones de mesnada, enlazaban alegremente los caballos que habían de servir para diversión de sus seño-



res, y las mujeres del pago, curiosas y a distancia, eran el adorno popular de que nunca carecieron las fiestas feudales. De repente, Trujillo, poseído de todo el carácter de la evocación, hizo bocina con las manos, y recordando caballerescas lecturas, gritó fuertemente:

—¡Oid!, ¡oid!, ¡oid!... Nuestra señora la condesa Estela, ofrece una rosa al primer caballero que se presente a ella en un potro domado.

Corrieron alegremente los muchachos de lejos, y se aceleraron los preparativos, distinguiéndose entre los entusiastas del torneo el individuo alto y rubio que comenzó por discutirle la flor al gaucho. Daniel, alterado el semblante, llamó a Trujillo:

—¿Te contentas con servir sólo de heraldo? ¿No vamos a tomar parte en esto los españoles?

Trujillo dió modestamente sus razones y sus disculpas. Domar un potro era azaña fácil para aquellos jóvenes del país, gente de *sport* toda ella, habituada a las rudas faenas de las estancias, pero era una locura peligrosa para él, hombre de tierras pacíficas, acostumbrado a los caballos sin soberbia, que comen el maíz en la mano de su dueño, y se arrojan con objeto de que monte.

—¿Y la apuesta? ¿Y las pruebas que prometiste?

—¡Qué puede probar una rosa!

—Entonces la ganaré yo.

Pidió a gritos otro caballo, y se le heló la sangre en las venas. Estela, testigo de su exaltación, sonreía. Sonreía con una sonrisa entre compasiva y triunfal, que le hizo comprender cuanto por su corazón pasaba, y sentir un violento y agrio disgusto de sí mismo. Hasta entonces no se había dado cuenta exacta de los trastornos que en él estaban operándose. A la luz de la extraña sonrisa fué únicamente cuando vió claro. Por eso aquel frío que parecía llegarle hasta la médula, por eso aquél descontento amargo de sí propio. ¡Y era él a quien el más noble amigo de cuantos tuvo nunca hacía confidente de sus ansias y embajador de su felicidad! ¡Y era él quien comprometía el destino de una pobre muchacha, obligándola a tener fe en su firmeza! ¡El, que olvidaba durante todo un día la recomendación del uno y a las promesas a la otra, y sólo una cosa deseaba ya: poseer el alma hacia la cual cierta mujer perturbadora acababa de decirle que tal vez se inclinase, y poder mostrarse ante ella triunfante del peligro, para recoger como premio, no la flor prometida, sino la admiración de sus ojos!

Buscó los ojos temidos, y un escalofrío volvió a recorrerle el cuerpo entero. Ya no había allí resplandor alguno de triunfo. Todo era compasión, una compasión, una compasión acaso burlona, la compasión de ciertas mujeres hacia el niño a quien

han inspirado amor, hacia el servidor humilde, no despreciado, pero tampoco querido, cuyo corazón transparenta ansias imposibles. Y ni eso tal vez; viéndole insistir en su idea, vino a disuadirle, a aconsejarle que no se arriesgase, con palabras aparentemente afables, pero a través de las cuales se deshacía todo cuanto pudiera haber tenido de prometedor sus frases, sus confidencias, sus abandonos y sus insinuaciones del día entero...

—No sea loco... No deben emprenderse empresas así no más.

Daniel montó automáticamente, despreciándola, odiándola. Figueroa venía también a disuadirle.

—Si no lo hizo nunca, es cosa de verdadero riesgo.

Ni le oyó. Los caballos, escuchada la voz que les daba suelta, lanzáronse veloces a través de los campos, como si realmente hubiesen adquirido alas. Los altos yuyales, la distancia enorme, ocultaron su vista de pronto. ¿Hasta donde habían ido? ¿Qué habría pasado? Una emoción trágica sobrecogió a toda aquella gente. Todos los pensamientos estaban puestos en el español. Siguiéron unos minutos de angustia infinita. Cada sacudida del viento en los ombúes, cada chasquido de las cañas bravas, adquiría la emoción terrible de un lejano grito de angustia.

Al fin vióse volver uno de los jinetes, domando el caballo. Pronto apareció otro en la lejanía y otro después. El español tardaba, tardaba... Cuando se volvió a oír otro nuevo rumor. Trujillo bajó al suelo los ojos, temiendo, de levantarlos, ver al caballo libre, al viento la crin y el recado como en una visión de guerra, y encontrar luego a Daniel, rota la cabeza, tendido sobre la tierra que su generosa sangre enrojecía y expesaba... Però, no.

Un grito de ansia rasgó bruscamente los aires, y bajo el fanal límpido del cielo, sobre el piso de hierba bianda, otra vez volvió a oírse un ruido de cascos, como el de un trueno remoto. Con miedo con angustia, furtivamente, Trujillo fué levantando la cabeza. Nada, sin embargo. No se veía nada. Pero de pronto, Figueroa, que, erguido sobre su montura miraba a lo lejos, gritó radiante, animada la palidez del rostro por la admiración de su raza hacia la fuerza:

—¡Vuelve!...

Trujillo se le acercó casi implorante.

—El caballo, ¿verdad?

—¡Y el español! ¡Guapo mozo!

Pronto la visión se precisó. Pronto se vió a Daniel encima del caballo, saltando aún como un pelele, pero sin caerse. La tensión de todos aquellos

(Continuad).